

CAMINO ULTRASANJUANERO

Caminata de San Juan
de los Lagos a Zacatecas

HORACIO RAMÍREZ DE ALBA



Universidad Autónoma
del Estado de México



Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctor en Ciencias Computacionales
José Raymundo Marcial Romero
Secretario de Docencia

Doctora en Ciencias Sociales
Martha Patricia Zarza Delgado
Secretaria de Investigación y Estudios Avanzados

Doctor en Ciencias de la Educación
Marco Aurelio Cienfuegos Terrón
Secretario de Rectoría

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Lujá
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Ciencias del Agua
Francisco Zepeda Mondragón
Secretario de Extensión y Vinculación

Doctor en Educación
Octavio Crisóforo Bernal Ramos
Secretario de Finanzas

Doctora en Ciencias Económico Administrativas
Eréndira Fierro Moreno
Secretaria de Administración

Doctora en Ciencias Administrativas
María Esther Aurora Contreras Lara Vega
Secretaria de Planeación y Desarrollo Institucional

Doctora en Derecho
Luz María Consuelo Jaimes Legorreta
Abogada General

Doctora en Ciencias de la Educación
Yolanda Eugenia Ballesteros Senties
Secretaria Técnica de la Rectoría

Licenciada en Comunicación
Ginarely Valencia Alcántara
Directora General de Comunicación Universitaria

Doctor en Ciencias Sociales
Luis Raúl Ortiz Ramírez
*Director de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales Región A*

Doctora en Ciencias de la Educación
Sandra Chávez Marín
*Directora de Centros Universitarios y
Unidades Académicas Profesionales Región B*

CAMINO ULTRASANJUANERO
Caminata de San Juan de los Lagos a Zacatecas

Dirección de Publicaciones Universitarias
Editorial de la Universidad Autónoma del Estado de México

Doctor en Ciencias e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

CAMINO ULTRASANJUANERO
Caminata de San Juan de los Lagos a Zacatecas

HORACIO RAMÍREZ DE ALBA



Universidad Autónoma del Estado de México

“2023, Conmemoración de los 195 Años de la Fundación del Instituto Literario del Estado de México”

Ramírez de Alba, Horacio.

Camino ultrasanjuanero : caminata de San Juan de los Lagos a Zacatecas / Horacio Ramírez de Alba.

1ª ed.

Toluca, Estado de México : Universidad Autónoma del Estado de México, 2023.

107 p. : il. ; 23 cm.

Incluye referencias bibliográficas (p. 107).

ISBN: 978-607-633-716-5

1. San Juan de los Lagos, Jalisco -- Descripción y viajes.

2. San Juan de los Lagos, Jalisco -- Vida social y costumbres.

F1296.9.S268 R36 2023

Este libro fue positivamente dictaminado con el aval de dos revisores externos, conforme al Reglamento de la Función Editorial de la UAEMEX, y fue sometido a un proceso de identificación de duplicidad de la información mediante un *software* especializado.

Primera edición, noviembre 2023

CAMINO ULTRASANJUANERO

Caminata de San Juan de los Lagos a Zacatecas

Horacio Ramírez de Alba

Universidad Autónoma del Estado de México

Av. Instituto Literario 100 Ote., Col. Centro

Toluca, Estado de México

C.P. 50000

Tel: (52) 722 481 1800

<http://www.uaemex.mx>

Registro Nacional de Instituciones y Empresas Científicas y Tecnológicas (Reniecyt): 1800233



Esta obra está sujeta a una licencia Creative Commons Atribución-No Comercial-Sin Derivadas 4.0 Internacional. Los usuarios pueden descargar esta publicación y compartirla con otros, pero no están autorizados a modificar su contenido de ninguna manera ni a utilizarlo para fines comerciales. Disponible para su descarga en acceso abierto en: <http://ri.uaemex.mx>

ISBN: 978-607-633-716-5

Hecho en México

El contenido de esta publicación es responsabilidad de las personas autoras.

Director del equipo editorial: Jorge Eduardo Robles Alvarez

Coordinación editorial: Ixchel Edith Díaz Porras

Corrección de estilo: María Consuelo Barranco Monroy

Gestión de diseño: Liliana Hernández Vilchis

Formación: Elizabeth Vargas Albarrán

Diseño de portada: Luis Alberto Maldonado Barraza



CONTENIDO

Introducción	9
Antecedentes	10
Reinicio del camino sanjuanero, la manera en que llegué a San Juan	15
Lo que aconteció en San Juan antes de iniciar el camino	18
La caminata nocturna en busca de un enigmático monumento	21
Ahora sí, a buscar la ruta hacia la antigua estación de San Juan	24
Hacia Encarnación de Díaz donde aguardan otras gratas sorpresas	33
Seguir camino en medio de la lluvia y cómo la fortuna vuelve a ser favorable	37
Al encuentro de la nueva gran ciudad de Aguascalientes	39
El encuentro con la historia y con las emociones	40
Al encuentro con otros recuerdos en tan agradable lugar	44
La necesaria despedida y el inevitable fin de este jalón	52
De cómo reinicié la ruta en donde la dejé, es decir, en Aguascalientes	57
El inicio del camino con la meta y obsesión de llegar a Rincón de Romos	61
La continuación del camino y cómo se avanza lo más posible	67
Al enfrentar la realidad decidí, a como diera lugar, llegar a Zacatecas asumiendo una deuda de muchos pasos en el camino	75
Finalmente en la tan añorada y significativa ciudad de Zacatecas	77
Del inicio del ritual personal que me trajo hasta Zacatecas	79
De regreso a la ciudad, visitar lo más posible y correr a tomar el transporte de regreso	85
Ahora sí, pensar en serio en el regreso, pero aprovechar lo que encuentre en el trayecto	95
Apéndice	
Dos institutos paralelos	101

INTRODUCCIÓN

He realizado en varias etapas el camino desde casa a San Juan de los Lagos. El motivo principal fue visitar la tierra natal del abuelo Pedro de Alba y recrear algunas partes por él relatadas en su libro *Viaje al pasado*. Considerando las personales limitaciones y expectativas cubrí tal meta, pero a manera de continuación, surgió una nueva motivación compuesta de dos partes principales: a) continuar la caminata hacia el norte buscando un nuevo reto personal de llegar a la ciudad de Zacatecas, y b) seguir recreando la historia familiar en el capítulo relacionado con el abuelo, sus afectos y descendencia, principalmente mi madre, Esther de Alba; mi abuela, María Lucía Maldonado y yo. Estas dos motivaciones confluyen o se hacen una sola al considerar que las dos ciudades más importantes en la pretendida ruta son: Aguascalientes, lugar de nacimiento del que esto escribe, y Zacatecas que es el lugar de nacimiento de Esther de Alba.

Para hacer el relato más ordenado, comprensible y no faltar al estilo y forma de quien se dice caminante, el guion que se pretende abordar incluye las partes siguientes:

1. A manera de antecedente, proporcionar un resumen del camino de Toluca a San Juan de los Lagos llevado a cabo de 2013 a 2018, cuya reseña, *Relato Sanjuanero*, se publicó en forma de libro por la Universidad Autónoma del Estado de México.¹
2. La correspondiente planeación, considerando que por retrasos involuntarios se dejó venir la contingencia sanitaria que padecemos y por lo tanto se tuvieron que hacer ajustes.
3. El jalón de San Juan de los Lagos a Aguascalientes, considerando las etapas: Monumento, Estación FF. CC., Encarnación de Díaz, Peñuelas y Aguascalientes. Incluye de forma destacada la corta pero rica estancia en Aguascalientes; por

¹ Ramírez de Alba, H. (2018). *Relato sanjuanero, Andadura al Santuario de San Juan de los Lagos*. México: Universidad Autónoma del Estado de México.

considerarlo relevante se incluye una referencia complementaria intitulada “Dos institutos paralelos”.²

4. El jalón de Aguascalientes a Rincón de Romos. Aprovechando que es parte del Camino de Tierra Adentro, se aportarán datos y apreciaciones personales de esa ruta declarada como patrimonio mundial por la UNESCO.
5. El jalón de Rincón de Romos a Zacatecas. Meta de esta nueva andadura y de gran significado familiar por representar el lugar de nacimiento, como ya se mencionó, de la abuela María Lucía Maldonado y de mi madre Esther de Alba. Se incluye aquí la referencia de un escrito previo de especial significado personal “Heroínas de la batalla de Zacatecas”.³

Terminaré con algún tipo de balance a manera de conclusión. En particular resaltaré, de alguna manera, la importancia de haber logrado una ruta larga y, por qué no, esperar que no sea la última que se emprenda.

ANTECEDENTES

En aquella ocasión, al realizar el camino sanjuanero, establecí como motivación y justificación lo siguiente: Después de haber hecho varias caminatas, entre las más importantes el Camino de Santiago y la Ruta de Cortés, sin dejar de mencionar otras de menor distancia, pero sí de mucho significado como los santuarios de Nuestra Señora de los Remedios y Nuestro Señor de Chalma, y ante el hecho de que una vez que decidí caminar por los infinitos caminos no es posible parar y menos presumir de que ya se han hecho todos, surgió la necesidad de hacer otro, de reiniciar el camino. Un buen día estando de visita en Midland, Texas, mi hermana Rosa me prestó el libro *Viaje al pasado*,⁴ escrito por el abuelo Pedro de Alba, y al releerlo después de

² Ramírez de Alba, H. (2020). “Dos institutos paralelos”, en *Revista Identidad Universitaria*, año 1, núm. 10, pp. 16-19, octubre- diciembre.

³ Ramírez de Alba, H. (2014). “Heroínas de la batalla de Zacatecas”, capítulo del libro *Retomando Zacatecas*, Celia Montes Montañez, coordinadora. México: Instituto Zacatecano de Cultura y Conaculta.

⁴ De Alba, Pedro (1958). *Viaje al pasado*. México: Biblioteca del Estado de Jalisco. Preciado Rodríguez, Sebastián (2013). “Un viaje al pasado con el Dr. Pedro de Alba”. México: Universidad Autónoma de Nuevo León.

muchos años, quedó claro y establecido el propósito de hacer el Camino de San Juan de los Lagos, lugar de nacimiento del abuelo. De esta manera, tenía dos motivaciones sustanciales, una por ser importante lugar de peregrinación como santuario de la fe católica al ser sede de la muy milagrosa Virgen de San Juan de los Lagos y, la otra, en el ámbito particular, representa, guardadas las proporciones, un santuario familiar como lo es el origen en México del apellido de Alba, por lo menos del que provenimos mi querida madre Esther y sus nueve hijos. Por lo tanto, desde ese día quedó declarada la ruta de peregrinación, de alcance familiar, a San Juan de los Lagos. De tal manera quedó como mío el propósito que el propio abuelo plasmó en su libro de esta manera: “He vuelto como visitante de cortas temporadas o como transeúnte de unas cuantas horas. En esas instancias pasajeras he revivido el pasado y me he propuesto ver lo que antes no había visto”.

Así quedaron establecidos los propósitos de esa nueva andadura:

1. Rescatar parte del pasado familiar al analizar los recuerdos escritos por don Pedro de Alba en su libro, y así, hacer una peregrinación a un santuario familiar a través de recuerdos ajenos y dar continuidad a sus propósitos de ver lo que antes no había visto.
2. Reportar algo de la tradición religiosa del Santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos que es de los más importantes en México, después del de Guadalupe, y comparable a los santuarios de Los Remedios, Chalma y Plateros, por mencionar algunos.
3. Conocer lo que es hoy San Juan de los Lagos e indagar si sigue habiendo huellas físicas de lo relatado por el abuelo en su libro.
4. Descubrir aspectos sobresalientes de regiones, pueblos, ciudades y caminos a lo largo de la ruta, misma que habrá que elegir de forma cuidadosa.
5. Finalmente, hacer de la experiencia un motivo y oportunidad para incluir la memoria de seres queridos, además del abuelo, de forma especial a la abuela María Lucía, “Mamá María”, y mi querida madre Esther; y de paso mencionar algo del propio pasado, presente y futuro del que se presume caminante.

En su momento se estimó que esta empresa tomaría unos tres años, resultando que fue un poco más. De forma tentativa se identificaron los principales puntos del trayecto: El Oro, Maravatío, Acámbaro, Salvatierra, Yuriria, Valle de Santiago, Salamanca, Irapuato, Silao, León, San Francisco del Rincón y la meta final: San Juan de los Lagos.

Quedó decidido ser uno más de los muchos sanjuaneros que hacen la peregrinación hacia el Santuario de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos, con tantos motivos como peregrinos, en mi caso ya expliqué el mío. “Allí voy”, establecí en su momento, otra vez por los infinitos caminos de este mundo, con la misma recomendación de otras ocasiones: abrochar los cinturones de seguridad, pues las curvas, subidas y bajadas serían muchas.

En seguida, a manera de preámbulo, se describen y resumen experiencias significativas en algunas de las etapas.

- a) El Oro. De camino la antigua hacienda de San Onofre y el relato del caporal sobre el episodio que cobró de forma enigmática la vida de los dueños y de otras personas al pretender rescatar un cuantioso tesoro. En El Oro la visita al Museo de la Minería.
- b) Tlalpujahuilla. Inmensa obra de cantera que da cuenta del oficio de su gente, un santuario curiosamente dedicado a la Virgen de San Juan de los Lagos, obra debida al presbítero José de Jesús Angulo Navarro, mejor conocido como el Señor del Valle.
- c) Tlalpujagua. Lugar mágico, o más que mágico si se puede. Lleno de tradiciones y dramas como la desgracia provocada por los residuos tóxicos de la mina Dos Estrellas, acumulados en la presa de Las Lamas que, en 1937, arrasaron con el poblado primitivo; y el milagro de la imagen que sobrevivió la tragedia que ahora preside la Basílica Catedral de Nuestra Señora del Carmen.
- d) Maravatio. Lugar que evoca recuerdos juveniles en el manantial, ahora convertido en parque público. El nombre antiguo *Maravati* significa, curiosa y apropiadamente, maravilla.
- e) Taranda. Magnífica escultura de Santiago Matamoros en la plaza principal.
- f) Acámbaro. La presencia significativa y que no es posible esquivar de los ferrocarriles. El acueducto. El templo del Hospital. El puente colonial atribuido al arquitecto Tresguerras.
- g) Araró. El santuario del Señor de Araró con su legendaria historia sincretizada de la diosa purépecha Cueraváperi que, con el sacrificio de sangre de la gente en las aguas termales, hacía llover.
- h) Salvatierra. Lugar un poco forzado por no estar directamente en la ruta prevista. La presencia cercana del controvertido personaje Melchor Ocampo.

- i) Yuriria. El magnífico y antiguo monasterio agustino con su escalera monumental.
- j) Valle de Santiago. Extraño lugar, marcado por los conos volcánicos, que bien se ha ganado el nombre de la región de Las Siete Luminarias.
- k) Salamanca. Lugar muy religioso y de mucha historia. Los retablos barrocos del templo de San Agustín, y el antiguo monasterio de San Juan de Sahagún, “Joya dorada del Bajío”.
- l) Irapuato. Sorpresa agradable. Recuerdos familiares ingratos.
- m) Silao. El percance de Felice Bonetto en la Carrera Panamericana.
- n) León. Una etapa importante, un recibimiento muy positivo y el acercamiento a la cultura.
- o) San Francisco del Rincón. Lugar pintoresco y agradable con el vago recuerdo, casi ya imperceptible, de las Poquianchis.
- p) San Juan de los Lagos. El encuentro, casi físico, con el abuelo, el Puente Grande donde competía con sus amigos a los clavados. El santuario del que fue monaguillo. La casa de la Venta y algunos de los recuerdos más sobresalientes del abuelo:

El rancho de mis abuelos, El Tequesquillo, pasó a otras manos... así es que se instaló (la familia) con mi madre y mis hermanos mayores en la casona de la Venta.

Aquella casa que era posada, aduana y puesto avanzado de gendarmería, estaba al extremo del Puente Grande; que en sus arcos gemelos mide la anchura del río de mi pueblo. Mi infancia se movió entre el Puente Grande y el Puente Chiquito; cerca del río manso y del gran arroyo pedregoso; entre silbar de arrieros, estrépito de carros, transeúntes o chispas de las herraduras en los empedrados.

La inquietud y gusto por los viajes, el afán de mudarse de casa y cuando eso no se puede, cambiar los muebles de un rincón a otro, que han sido rasgos de mi carácter, quizá provengan de que nací en una Venta, a la orilla de un camino por el que transitaban gentes desde el toque del alba hasta la oración de la noche.

En el último párrafo del colofón del libro *Relato sanjuanero* se escribió: No se sabe si se pueda hacer otra ruta larga como ésta, y otras ya hechas como el Camino de Santiago y la Ruta de Cortés. A menos que se encuentre el tiempo y preparación para continuar los pasos de don Pedro de Alba, primero a Aguascalientes donde estudió e

inició su vida profesional y política (también lugar de nacimiento del autor) y después a Zacatecas donde conoció a mi abuela, así como lugar de nacimiento de su hija y madre del autor, Esther de Alba, hecho ocurrido en medio de la famosa Toma de Zacatecas en 1914. Pero lo más probable es que se decida hacer algunas otras caminatas de relativa poca distancia que se puedan recorrer en uno o un par de días. Por lo pronto, ya se experimentaron caminatas a Tlacotepec y su cerro partido, así como a Xalatlaco con su cono volcánico. Recientemente al Parque de los Dínamos y el Río Magdalena en la Ciudad de México. Todo ello ha resultado bastante agradable. Ya se tendrán noticias.

Y ahora, sin poder ocultar gusto y algo de orgullo, narro la segunda parte del *Relato sanjuanero*, con el nuevo título *Camino ultra sanjuanero* bajo la consigna: “Caminar, caminar, ra-ra-ra”. Empresa que tomó dos años, pero de hecho con, relativamente, menor tiempo dedicado explícitamente a caminar debido a las ocupaciones y la contingencia sanitaria que trastocó todo, pero que no logró detener al caminante. Para dar idea de la ruta seguida, incluyo la siguiente tabla con nombres y distancias de las principales escalas, considerando los dos relatos, el ya publicado y el que se espera pueda serlo. La distancia total suma 635 kilómetros, aunque fueron más tomando en cuenta los tramos adicionales para conocer santuarios y otros lugares de interés.

Tabla de etapas, fechas y distancias

<i>De</i>	<i>A</i>	<i>Fecha</i>	<i>Km</i>
Toluca	Yebuciví	26 marzo 2013	42
Yebuciví	Carmona	27 marzo 2013	40
Carmona	El Oro	23 noviembre 2013	20
El Oro	Maravatío	16 abril 2014	51
Maravatío	Taranda	17 abril 2014	15
Taranda	Acámbaro	30 julio 2014	20
Acámbaro	Moroleón	31 julio 2014	35
Moroleón	Yuriria	1 agosto 2014	35
Yuriria	Valle de Santiago	1 abril 2015	20
Valle de Santiago	Salamanca	2 abril 2015	20
Salamanca	Irapuato	3 abril 2015	38

Continúa...

Irapuato	Silao	27 julio 2015	31
Silao	León	28 julio 2015	29
León	San Francisco del Rincón	29 julio 2015	9
San Francisco del Rincón	Tlacuilapa	21 marzo 2016	22
Tlacuilapa	San Juan de los Lagos	22 marzo 2016	18
San Juan de los Lagos	Peñuelas	22 julio 2020	52
Peñuelas	Aguascalientes	23 julio 2020	30
Aguascalientes	Rincón de Romos	31 marzo 2021	35
Rincón de Romos	San Pedro Piedra Gruesa	1 abril 2021	31
San Pedro Piedra Gruesa	Zacatecas	2 abril 2021	42

REINICIO DEL CAMINO SANJUANERO, LA MANERA EN QUE LLEGUÉ A SAN JUAN

Después de mucho tiempo y varias indecisiones, el 21 de julio de 2020 decidí dar continuidad al camino sanjuanero. El día anterior hice una caminata previa de preparación a Santa Ana Tlapaltitlán, Metepec y San Gaspar, misma que resultó muy agradable. Parecía que las cosas no se presentarían de manera favorable, ya que pretendía viajar en una corrida nocturna para llegar a San Juan de los Lagos de madrugada y así iniciar el camino a Aguascalientes. Pero en la central de autobuses me dijeron que por la pandemia tal corrida estaba suspendida hasta nuevo aviso. El despachador me recomendó tomar el autobús a la ciudad de León que sale a medio día, “y ya de ese lugar San Juan está cerca”, concluyó. Hice caso de la recomendación y compré el boleto para el siguiente día.

Llegado el día y la hora abordé el autobús. Debo decir que no me sentía del todo atraído y, de hecho, últimamente no he estado, o actuado, convencido cualquiera que sea el tema, y eso se lo achaco a la pandemia que nos arrancó de la rutina. Este sentimiento de inseguridad se incrementó al ver que el asiento 12, que me correspondía según el boleto, estaba ocupado por un señor que portaba un bonche, montón, de ropa suelta, así sin maleta o bolsa. Sin reclamos el señor se movió a un lado y se colocó el montón de ropa en el regazo. Había pensado que por la recomendación de la sana distancia viajaría solo en el asiento, pero no. Ya en marcha este señor adjunto se puso a hablar por su teléfono móvil y sin querer me enteré que él y sus parientes

tenían a una niña enferma, muy enferma, y que esa misma tarde les comunicarían un diagnóstico; “yo no creo que sea el virus, es una niña y a esa edad no les da”, le oí decir. Más adelante habló con otra persona en el mismo tenor y al final dijo: “hay que tener fe”. Y de reojo vi que el montón de ropa que llevaba era precisamente de niña y como remate en la cima unos zapatos tenis de color rosa con flores bordadas. Pobre gente, pensé, pero no pude sacudirme el temor de algún posible contagio. El señor que llevaba la ropa de niña bajó en Atlacomulco y por lo tanto ya no estuve tan intranquilo.

Creí que pararíamos en Querétaro, pero no, el autobús tomó un libramiento. En el exterior se adivinaba un clima benigno con luz intensa, lo cual me permitió ver paisajes agradables, aproveché para comerme una de las dos tortas preparadas en casa. Después pasamos por las inmediaciones de la refinería de Salamanca y al pensar en esa ciudad llegaron los recuerdos de haber visto los maravillosos retablos en el templo de San Agustín, así como admirar la joya colonial del antiguo monasterio de San Juan de Sahagún. Antes de llegar a Silao vi con asombro un inmenso monumento de diseño poco convencional en que el autor dejó libre la imaginación en una sucesión de cúpulas doradas; parecía un lugar de Siria y no de México.

Supuse que tal monumento conmemora la visita del papa Benedicto al Santuario del Cerro del Cubilete, así como, de paso, volver a mencionar el aberrante bombardeo aéreo al mismo santuario que ordenó el gobierno. Y en lo personal se formó una nube negra arriba de la cabeza por no haber visitado tan singular monumento cuando pasé por Silao en mi caminata sanjuanera; “es que tú llegaste a Silao por el camino de Trejo”, me aclaré a mí mismo. Más adelante vi el aeropuerto del Bajío, la aduana interior y otro raro monumento que sí fue observado y analizado en su oportunidad y quedó registrado en mi relato. Ese monumento, que de alguna manera recuerda la pirámide de los nichos del Tajín, contiene múltiples placas dedicadas a los leoneses notables. En aquella ocasión me llamó la atención la dedicada al actor Xavier López, *Chabelo*, que dice: “A mi patria chica que es la más grande”. Como ya lo presentía, el autobús pronto se adentró por las calles de León, de lejos vi el Museo de Historia que tanto disfruté e impactó en la anterior visita; luego pasó por las muchas plazas del zapato y a las seis, casi en punto, entró en la terminal.

De inmediato me acerqué a la taquilla de Servicios Coordinados y compré un boleto a San Juan de los Lagos para las siete de la noche. Se me ocurrió salir a dar un corto paseo, más que nada para estirar las piernas, no vi más que tiendas y más tiendas

de zapatos, bolsos y accesorios de piel. Luego viajé en un autobús de menor calidad y tamaño que el anterior y que además se detenía en todos lados. En Lagos de Moreno se detuvo un buen rato sin que se comunicara la razón a los pasajeros. Cuando el autobús ya iba enfilado a la terminal de San Juan de los Lagos, al detenerse para que bajaran unos pasajeros, se escuchó a un señor vociferando y reclamándole al chofer del autobús que se le había “cerrado” de fea manera y que por poco le pegaba. El chofer dijo algo como: “ya cálmala no te pegué”; luego reanudó la marcha. Pero poco más adelante se volvió a detener para bajar a otros pasajeros, y resultó que el iracundo nos siguió y volvió a reclamar y, de repente, se le revolvió el coraje y le puso una golpiza al chofer del autobús, allí sentado en su lugar. Se armó un buen lío, varios pasajeros se pusieron del lado del chofer, luego se presentaron una patrulla y una ambulancia para atender al señor golpeado. Escuché que uno de los pasajeros se asomó por la ventana y dijo: “Újule, ya se están arreglando (los policías con el agresor), lo van a dejar ir”.

Por mi parte decidí no esperar el desenlace, bajé del autobús y caminé el resto del camino guiado por las torres del santuario coronadas por cruces iluminadas con luces de color azul. Debo decir que por un momento perdí el rumbo y de alguna manera pasé dos veces por el mismo lugar, así de intrincadas son algunas calles de esta ciudad. Le pregunté a una señora que dijo: “suba por esa calle y a la siguiente esquina baja y así llegará a la plaza”. Así lo hice y en efecto, pronto me encontré en la plaza del santuario profusamente iluminada, tanto la plaza como el magnífico edificio de la Basílica de Nuestra Señora de San Juan de los Lagos. Me vi como torero partiendo plaza y me imaginé estar, al mismo tiempo, presente en dos momentos alejados en el tiempo, dos noches diferentes convertidas en una sola, la del Jueves Santo de 2016 y la del 21 de julio de 2020. La primera muy significativa por haber llegado a pie desde San Francisco del Rincón, y más atrás desde casa.

La fachada de la Basílica
la noche del 21 de julio de 2020*



LO QUE ACONTECIÓ EN SAN JUAN ANTES DE INICIAR EL CAMINO

Ya estando en el lugar correcto, según planes e intenciones, tenía duda sobre qué hacer. Quizá tomar un cuarto de hotel por unas horas o ya emprender la caminata en medio de la noche. La decisión fue mediar y adaptar. Pasaría unas horas arrinconado por allí, como hice la otra ocasión, y emprender la caminata de madrugada para encontrar luz de día cuando saliera de la ciudad. Primero que nada, se hizo imperativo visitar la Basílica de la Virgen de San Juan, aunque sea desde la alta y fuerte reja que la protege. Y me pregunté ¿No debería estar permanentemente abierto el Sagrado Corazón de la

* Todas las fotografías que aparecen en el texto fueron tomadas por el autor.

Virgen? Y así los atribulados peregrinos pudieran buscar y encontrar consuelo y alivio. Pero las cosas son así y lo que hice fue pegarme a la reja lo más posible y enumerar con cuidado mis peticiones: “que la milagrosa Virgen de San Juan de los Lagos tuviera a bien cuidar las almas de los antepasados, en particular de Pedro de Alba que de niño le sirvió de monaguillo y de su hija Esther que supo enaltecer el papel de madre. Que cuidara a todos en este tiempo de contingencia sanitaria, especialmente a nuestra hija e hijos, así como sus respectivas familias, y también que diera cabida a las necesidades y ruegos de todas las personas queridas y cercanas, especialmente a doña Amparo, mi suegra”. De nueva cuenta me imaginé estar como si fuera la otra ocasión, dentro de la basílica en medio de multitudes de peregrinos escuchando la primera misa a las seis de la mañana y al compartir el mensaje de paz comunal, sentir la mano vendada y contrahecha de una viejecita que en sus ojos se distinguió la luz de la esperanza.

Regresé al presente y vi en la magnífica fachada de la basílica un lienzo que establecía que estábamos en Año Jubilar hasta diciembre y de alguna manera me hice partícipe de tan señalado acontecimiento. Ya fortalecido me acomodé en una de las bancas de la plaza, por aquí y por allá había familias que salían al fresco de la noche después de un día caluroso. Varios niños jugaban entre risas y otros se deslizaban en patinetas. De repente la escena se concentró en tres perros que jugaban entre ellos de forma alegre, pero muy brusca. Dos, que eran los más grandes, arremetían contra el más pequeño que trataba de defenderse y desquitarse cuando se le daba la ocasión. Unos niños preguntaron a sus papás si los perros estaban peleando y aprovechándose del más pequeño, y les aseguraron que estaban jugando; los niños no se mostraron muy convencidos y tampoco yo, sus ladridos y chillidos llenaron la plaza y por lo prolongado se hacían molestos.

Fachada de la Basílica desde la reja.
Año Jubilar



Después de consumir la segunda y última torta, así como un jugo de caja, decidí ir en busca de un buen lugar para descansar. Al ir caminando entre calles y callejones observé un negocio que ostenta en la entrada con letras de buen tamaño: “Dulcería De Alba” y me dije que debía ser de algún pariente, un antepasado, posiblemente cercano al abuelo Pedro, pero no pude indagar por estar cerrado. Así, llegué a un pasaje comercial que de día funciona para acomodar puestos de recuerdos, de dulces y seguramente también de fayuca. Tuve la suerte de encontrar dos cajas de cartón de buen tamaño que servirían muy bien de colchón. Elegí una banca próxima a unos setos protegidos por una cerca metálica y el lugar cubierto por un techo de láminas plásticas translúcidas que simulan tejas, a mí me pareció como el dosel de la cama en un palacio real. Acondicioné los cartones a manera de cama y luego acomodé mi cuerpo, la mochila hacía las veces de almohada. Al recostarme me vi como frente a un gran y elegante ventanal de un mirador donde sobresalen las altas torres de la basílica

y, como señales que custodian al caminante, las tres cruces iluminadas de color azul, dos en las torres y la tercera en la alta linternilla de la cúpula. Y ante tal maravilla me dije que no podía estar mejor protegido. Me acomodé lo mejor que pude, no fue inmediato llegar a un estado de tranquilidad, los ruidos de la ciudad, junto con los internos de la conciencia, son muy variados y se escuchan muy fuerte y cercanos. Los perros ladraron y me pregunté si serían los mismos latosos de la plaza. El reloj de la basílica marcaba las horas con un número de campanadas correspondiente a la hora, pero también cada cuarto de hora. Finalmente dormí un buen rato que resultó reparador.

Dulcería en San Juan, cerca de la Basílica



LA CAMINATA NOCTURNA EN BUSCA DE UN ENIGMÁTICO MONUMENTO

Cuando el reloj marcó las tres, me espabilé y me dije que había llegado la hora de realmente convertirme en caminante y reiniciar la ruta. No tardé mucho en estar listo, dejé la cama hecha. Lo primero que hice fue bajar a la plaza y dar una vuelta completa a su alrededor para quedar frente a la fachada del santuario, allí, declaré solemnemente el primer paso de esta nueva caminata no antes de meditar y formular de nueva cuenta mi agradecimiento, así como pedir protección en el camino. Dirigí mis pasos con seguridad a la calle Fray Antonio de Segovia y tal decisión no resultó gratuita, debo decir que la noche anterior estuve batallando con la orientación, como que el mapa y la realidad se resistían a coincidir, tuve que caminar hasta el Puente Grande y así

relacionar las vivencias de la visita anterior para finalmente encontrar la cuadratura del círculo, el mapa de repente se hizo claro y correspondiente a la realidad. Ya en camino, al principio de la calle, a un costado del edificio del Ayuntamiento, encontré varias patrullas y por un momento temí que detuvieran al caminante por alguna razón o sin ella. Pero no, vi que los guardianes del orden estaban profundamente dormidos y roncando, estuve tentado a gritarles “¡Buuu!”. Supuse que, en tal caso, la broma sería mal interpretada. Observé que dejaron los motores en marcha y se me figuró un gasto innecesario de gasolina.

La calle de Fray Antonio de Segovia sube en derechura hasta la antigua carretera a Guadalajara, que a veces recibe el nombre de Ramón Martín Huerta y otras de Gustavo Díaz, pero también muchos tramos sin nombre alguno. Esta calle, boulevard o carretera, es la que se debe seguir hacia el Norte hasta el entronque con la carretera a Encarnación de Díaz. De acuerdo con el mapa ese entronque está señalado por un monumento de respetable tamaño que marca un nudo de varios caminos.

Sabía que sería un tramo largo, pero resultó mucho más de lo esperado, tomó tres horas, como 12 km, solamente para salir de la ciudad. Lo poco recordable de ese tiempo fue, en resumen, lo siguiente: se encontraban en el camino muchos negocios de autos usados y talleres automotrices y para custodiarlos tenían grandes perros que ladraban de forma feroz. Al principio tuve cierta alarma o por lo menos inquietud, pero al ver que estaban detrás de una alta reja, ya luego ni caso les hice, pero en una ocasión no me percaté que uno de los perros, posiblemente de visita con sus amigos, estaba suelto y el susto fue mayúsculo, tuve que recurrir al truco de pretender lanzar una piedra y apresurar discretamente el paso.

Más adelante hallé un entronque con un libramiento muy transitado, principalmente por esos largos y pesados camiones que portan un letrero en la parte de atrás que dice: “Precaución, doble semirremolque”, aunque técnicamente debería ser: remolque y semirremolque. El caso es que vi a esos inmensos vehículos como dinosaurios o monstruos extraterrestres; como venía uno detrás del otro, para pasar, tuve que esperar un buen rato y mientras eso hacía vi con inquietud un letrero que decía: Encarnación de Díaz y una flecha que indicaba la dirección del libramiento, por un rato dudé y mucho, pero internamente me repetí que mi señal es, o debería ser, el monumento claramente marcado en mi mapa. Decidí ignorar ese señalamiento, debe ser para los vehículos, concluí. Luego encontré un tramo con poca o casi nula iluminación pública; a ratos, cuando dejaban de pasar vehículos, el cielo se llenaba

de estrellas. Al ver el cielo y distinguir a Venus y Saturno, me causó confusión en el sentido de orientación ya que, según yo, debería dirigirme al Norte, pero los astros indicaban que iba al Poniente, traté de echarle ciencia y me di cuenta que había olvidado la pequeña brújula que siempre me acompañaba en mis caminatas. Decidí, por lo tanto, dejar por el momento el asunto de los astros en *stand by* como se dice en inglés. Pero por fin, después de un tramo bastante largo, al final de una amplia curva apareció el esperado monumento. Se trata de una escultura de corte modernista con cuatro cuerpos que parecen brazos que están tratando de alcanzar algo o alguien, se encuentra el monumento profusamente iluminado con luces de colores que atraen a muchos insectos nocturnos, pobres de ellos, atrapados y engañados en sus sentidos por la luz artificial, pensé.

**El tan ansiado monumento
en la bifurcación de caminos**



AHORA SÍ, A BUSCAR LA RUTA HACIA LA ANTIGUA ESTACIÓN DE SAN JUAN

Eran las seis de la mañana y leí claramente una señal que establecía: carretera a Encarnación de Díaz, y así por fin las cosas se acoplaron a lo planeado, tres horas de camino sólo para salir de San Juan. Ahora sí, caminé hacia el Norte y los astros, por fin, se pusieron de acuerdo con mi orientación. Caminé en la oscuridad y el paso, a propósito, se hizo lento para dar oportunidad de que la próxima alborada hiciera su aparición. Vi una estación de venta de gasolina y anexa una de esas tiendas Oxxo que tanto han proliferado por todos lados. Tengo por norma no hacer uso de estos negocios, pero se dio ocasión para la excepción y compré un café y una dona, previamente la empleada dijo en voz alta, casi agresiva “sin cubrebocas no puede entrar”. Sí, sí, dije, y me lo puse.

Consumí el café y la dona en una banca solitaria a la intemperie con la bóveda celeste repleta de estrellas, de forma incipiente aparecieron las primeras señales de la alborada pintando al cielo y las lejanas nubes de un color lila, por el momento tenue. El anuncio del nuevo día, el saberme en la ruta correcta y llevar algo en el estómago hicieron que subiera el nivel de confianza interna y avancé ya con mayor determinación, a paso lento, en una oscuridad en franca retirada que se resistió lo más que pudo, pero poco a poco se impuso la luz y me vi caminando en una vereda que transcurre entre lomas de baja altura alternadas por amplias vegas con campos de labor con todos los tonos imaginables de verde. El cielo se encontraba parcialmente nublado, la querencia de las nubes era hacia el Este donde parecía que competían por lograr un lugar; debido a esto los primeros rayos del sol se retrasaron, el primer rayo que logró rebasar la barrera se vio exactamente a las 8:33 horas del 22 de julio. Pero pronto el astro rey ganó altura y luminosidad e impuso su presencia, la intensidad de la luz era cegadora, la temperatura poco a poco aumentó y las nubes se arrinconaron y se volvieron mustias.

**Primeros rayos del Sol,
rumbo a Encarnación de Díaz**



En medio de todo esto, mi ocupación y preocupación era seguir dando pasos y más pasos. Parecía que no avanzaba, las lomas o las arboladas que miraba en lontananza parecían retroceder, y en un juego poco grato para el caminante, amenazaron por hacerse inalcanzables; el reto era perseverar y ganar la partida, aunque supiera que realmente nunca lograría ser el ganador definitivo. Se hizo necesario echar mano de trucos mentales como acomodar los pasos y la respiración, al tiempo de sentir, no pensar en, sino sentir a, las partes del cuerpo, por ejemplo, empezar con el dedo gordo del pie izquierdo “¿Dedo gordo, estas allí? Gracias por moverte conmigo y así recorrer todo o casi todo el cuerpo”. Otra manera es concentrarse en sentir la brisa, quitarse la cachucha, la gorra pues, y reconocer esa brisa, por leve que sea, para sentir cómo pasa entre el cabello e imaginar que ventila el cuero cabelludo, los oídos y toda la cara, y entonces con toda calma y palabras bondadosas pedir a la brisa que se lleve el cansancio y las preocupaciones, y al final lograr la máxima del budismo zen: uno en todo y todo en uno. Entre tanto, el paisaje, o más bien los paisajes, terminan por imponerse y poner todo en su lugar y el mío es caminar: dentro y como parte de ese paisaje.

Me sorprendí consultando repetidamente el mapa que realmente es un dibujo rústico, hecho a partir de lo que vi y analicé en la computadora. Se trata de estimar distancias y tiempos, pero una cosa es ver el mapa, o dibujo más o menos a escala, y la otra es la realidad con sus veredas infinitas e interminables. A estas alturas con varias rutas ya hechas, debería estar habituado, pero no. Eché mano de todos los recursos,

algunos ya mencionados, pero a pesar de todo esto, el camino se hizo especialmente largo, luché contra el cansancio y la incertidumbre. Para lo primero recurrí, por ejemplo, a cambiar el ritmo del paso, también ayudó, por un rato, caminar de espalda, pero eso sólo se puede hacer cuando el camino es plano y parejo. Otro recurso es chupar pastillas de dulce, como las llamadas pastillas de perfume. Ante la inquietud y la incertidumbre, además de lo ya mencionado, se pueden contar los pasos y se trata de adivinar o calcular, cuántos faltan para llegar a tal o cual punto que se aviste en el camino como un cerro, una torre de comunicaciones o un caserío. De todas maneras, no se puede impedir en ocasiones tener, o dejar pasar, pensamientos sombríos, o renegar por estar en medio de ninguna parte, con cansancio y sed, en lugar de estar cómodamente en casa, bajo la sombra y con todo o casi todo a la mano. Pero debo insistir que el remedio de todos los males es el paisaje, o más bien los paisajes, porque cambian a cada paso, así, por ejemplo, en un extenso campo de sorgo se veía una ermita o algo parecido, lo curioso es que vista de frente parecía contar con una alta espadaña de piedra con sus campanas, pero de perfil no es más que una mampara soportada por una estructura metálica como si fuera un anuncio, o la escenografía para un set de cine. ¿Quién y por qué se decidió hacer esto, además en un paraje tan apartado?, son preguntas que se quedarán sin responder. Paso a paso, golpe a golpe, y hasta de vez en cuando, verso a verso, a eso de las diez de la mañana divisé en lontananza un poblado con una iglesia de respetable tamaño, estimé que tardaría en llegar unos 30 minutos, el mapa indicó que se trataba de la Congregación Santa María Transportina.

Curiosa capilla en el camino



Poco a poco llegué al lugar; visitar la iglesia no estaba en mis planes, por lo que solamente hice una fotografía a la distancia, desde el punto donde me encontraba, por lo menos la parte de enfrente parece una construcción moderna y convencional de concreto armado. Más adelante encontré un arco, me acerqué esperando saber el nombre del poblado, ya que se hizo necesario saber mi ubicación, pero sólo observé un Cristo sobre un fondo azul.

Congregación de Santa María Transportina



Arco simbólico en Santa María



Según yo, estaba cerca de la desviación a la estación del tren que antaño servía a San Juan de los Lagos, y ese punto era una meta importante de este día y de esta caminata en general. En busca de orientación pregunté a un señor que se encontraba ocupado en sus cosas, cerca de un negocio de reparación de llantas y me dijo que el pueblo se llamaba Santa María, así a secas; aproveché para preguntar cómo llegar a la estación del tren, el señor hizo cara de asombro como si estuviera esperando desde hace mucho tiempo que alguien llegara y le preguntara precisamente eso, finalmente reaccionó y dijo: “Por ese camino como a un kilómetro encontrará el pueblo y en seguida las vías del tren”. Di gracias por su valiosa información y me dije afortunado al pensar que, por poco, debido al cansancio y la falta de señalamientos, me pasaba de largo metiéndome en severos problemas en mi itinerario y expectativas. Bueno fue preguntar.

En efecto, a poco más de un kilómetro se encuentra el pueblo que es relativamente pequeño, sigue manteniendo su nombre original: Estación de San Juan de Los Lagos. Sí, me dije, una estación de tren a cinco leguas de la ciudad, a 25 kilómetros que a mí me tomó seis horas de camino. La importancia del lugar en la historia familiar radica en que el abuelo Pedro de Alba abordó en este lugar el tren que lo llevaría a Aguascalientes para estudiar primero la secundaria y luego la preparatoria. El propio abuelo relató en su libro *Viaje al pasado*, que se despidió de su madre en la casa de la Venta en San Juan de los Lagos, bañado en lágrimas, para luego, en un carruaje jalado por dos mulas, ser llevado por un peón a la estación del tren. Precisamente, el lugar donde me encontraba, para iniciar su brillante carrera en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes donde tuvo de compañeros a personajes de la talla de Ramón López Velarde, los hermanos Pani y Manuel María Ponce.

Al estar en la estación mi mente evocó un programa de televisión visto recientemente, en ese caso al joven Puccini también le llevaron en un carruaje a tomar su transporte que lo llevaría a enfrentar su brillante destino, el joven, que después sería renombrado compositor, se dirigió a educarse, lucía levita elegante e iba tocado por un sombrero de fieltro, se le representa melancólico, pero también confiado y dispuesto a enfrentar su destino, mientras el carruaje con las cabalgaduras a paso de trote, transcurría por paisajes campiranos; con ese modelo mi mente fabricó aquella escena pasada y observé claramente la llegada del carruaje a la Estación Santa María con el joven Pedro, de traje y sombrero, que toma su maleta de cuero, se despide del caballerango y camina con resolución hacia el andén, dispuesto a tomar su camino lleno de ilusiones y sueños, algunos de ellos se cumplirían, otros seguramente ni

los imaginaba. La escena imaginaria se complementó cuando vi la llegada del tren animado por una locomotora de vapor que se acercó poco a poco a la estación como contenida en sus impulsos termodinámicos, iba bufando como cansada y se anunció con su campana que parecía decir: ven, ven. La escena imaginaria por un rato tan nítida desapareció de improviso, como si hubiera estado en una pompa de jabón que se revienta. Y es que la realidad se hizo presente, casi con violencia, cuando irrumpió un ferrocarril real pero jalado por una locomotora diésel-eléctrica y en lugar de coches para pasajeros arrastra vagones de carga y carros cisterna. No se anunció con el silbato de vapor, o su campana, como la máquina de mi sueño, sino con la voz ronca y estridente de la bocina eléctrica.

Llega el tren...pero de carga



Locomotora diésel-eléctrica de la empresa Ferromex



Regresando de lleno al presente, vi que la antigua estación conserva su edificio, elegante y sobrio con muros de mampostería, remates de cantera rosa en las esquinas y en las chambranas de las puertas y ventanas, las piedras de cantera arregladas a la manera de pie derecho y garabato. Habría que buscar una fotografía antigua para comparar, pero en mi opinión el edificio debió contar originalmente con un alta cubierta de lámina de zinc a cuatro aguas. Soportada la cubierta por armaduras de madera y que tendría amplios volados para cubrir los pasillos de los andenes y proteger a los pasajeros de los rayos del sol o de la lluvia.

Estación San Juan de los Lagos



Contento y radiante de haber completado esta escala tan importante, me dediqué a hacer algunas fotografías, siempre con el temor de que llegara alguien a decir de mala manera que estaba prohibido, sobre todo ahora que los ferrocarriles de ser patrimonio de la nación pasaron a los capitales privados, pero afortunadamente no pasó nada, pude hacer mis fotos con prudente libertad. Después de recrear el principal motivo que me trajo aquí, tomé un respiro sentado en la parte baja de un rimero enorme de durmientes, o traviesas como dicen en España, y así con la vista de la antigua estación vino a mi mente otro recuerdo cercano en lo personal y no tan lejano en el tiempo, pero que el paso implacable del mismo lo hizo lejano, se hizo historia. Resulta que mi hermana Rosa viajó a Toluca para estar cerca de nuestra madre Esthercita que se sometió a una operación quirúrgica para extirparle un riñón y afortunadamente superó con bien la prueba. Rosa me pidió acompañarla de regreso a su casa en Taos, Nuevo México. El viaje se haría en parte en el ferrocarril de la estación de Buenavista

de la Ciudad de México a Ciudad Juárez en la frontera. Rosa compró boletos de primera en el tren nocturno, en el coche dormitorio de la compañía Pullman; salimos como a las siete de la noche, y ya cerca de la medianoche el tren pasó sin detenerse por esta misma estación.

Pero el tren sí se detuvo en Aguascalientes y Zacatecas, ciudades que son mi destino. Recuerdo que en Zacatecas el tren se detuvo un buen tiempo y por la ventanilla pude ver la silueta del Cerro de la Bufa que en ese entonces no estaba iluminada como ahora. Después de pasar por Torreón hizo su aparición el sol del nuevo día. Nos levantamos y nos pusimos listos para ir a desayunar. Pasamos dando traspiés por los estrechos pasillos donde nos fue difícil avanzar por el vaivén del tren en marcha, ya sentados en el coche comedor resultó muy grato desayunar mientras veíamos los paisajes tan variados del norte del país. Rosa pidió panqueques y yo huevos revueltos con jamón, me gustó tanto el desayuno que después, casi siempre, cuando vamos a desayunar fuera, pido huevos revueltos con jamón, y también muchas veces los preparo en casa. Estando así en lugar tan exclusivo me sentí en el Expreso de Oriente inmerso en una de las novelas de Agatha Christie.

El tren tomó buena velocidad, se encarreró como se dice, partiendo en dos el inmenso desierto de Chihuahua y parecía que llegaríamos a tiempo a Ciudad Juárez, pero al pasar por un lugar llamado Villa Ahumada el tren se detuvo y así estuvo por varias horas que parecieron cercanas a la eternidad, hasta que llegó una locomotora de repuesto para reemplazar a la máquina que se había averiado. Llegamos al destino con más de seis horas de retraso, Robert, el marido de Rosa, estaba ya muy preocupado y casi desesperado, él decidió iniciar el viaje en auto en ese mismo momento. Así avanzamos un trecho y al llegar a Albuquerque pasamos la noche en un motel que me pareció de lo más elegante, me di un buen baño de tina. Al otro día hicimos el tramo restante a Taos, pasando a comer a Santa Fe, recuerdo que en ese tiempo vivían en una casa rodante, algo que me pareció como de película. Ya luego, en mi soledad, regresé en autobús hasta El Paso, crucé la frontera a pie y luego tomé el tren en Ciudad Juárez, para ahorrar compré un boleto de segunda, es decir, ya no habría coche dormitorio ni desayuno de lujo.

Resultó un viaje muy pesado, al pasar por el desierto se formaron volcancitos de fina arena que salían de los pequeños orificios que había en el piso del vagón de pasajeros, cuando el tren pasó por Aguascalientes, y luego se internó por los altos de Jalisco —precisamente por el lugar donde me encontraba—, me dije, ya pasé la mayor parte del recorrido, ya falta poco.

Y para terminar los recuerdos, me paré frente a la fachada de la estación donde los pasajeros abordaban el tren rumbo a Aguascalientes; otra vez la mente me hizo ver entre ellos al joven Pedro de Alba, le vi allí junto con otros pasajeros mientras se acercaba el tren con su largo fuiii-fuiuuu. Otro episodio, entre otras muchas vivencias, que relata el abuelo en su libro, refiere que los conductores a bordo del tren, los señores que recogen los boletos y organizan las cosas, eran gringos y portaban el uniforme característico y vistoso como de capitán de barco; menciona la ocasión en que un amigo, por lo menos así lo creía, mayor que él le dijo que podían viajar gratis si le hablaban en inglés al conductor, el resultado fue que los bajaron del tren en la siguiente estación, Encarnación de Díaz, por no llevar boleto ni dinero para comprarlo. Cuando su papá se enteró le puso una buena regañina al joven Pedro y le prohibió las malas compañías.

Otro ángulo de la Estación San Juan,
que hace evocar al abuelo Pedro de Alba



Feliz de haber cumplido esta etapa tan importante, pasé a una tienda para comprar un refresco y algo de comida chatarra. La tienda estaba a cargo de una pareja, esposos supongo, pregunté, aunque ya sabía, sobre el nombre del poblado y confirmaron que se llama Estación San Juan de los Lagos; adivinando que soy fuereño, a su vez me preguntaron sobre lo que me llevó a este lugar y les comenté lo básico de mi historia, el señor quería saber sobre el año en que el abuelo tomó el tren a Aguascalientes y la verdad me tomó de sorpresa, después de un rato dije que debió ser el año 1900. Eso ya tiene mucho tiempo, opinó la señora, y alcancé a escuchar que por lo bajo agregó: “en ese tiempo ni estación ni trenes había”. Decidí mejor despedirme y dejar a los

incrédulos en lo suyo. Encaminé los pasos a la próxima plaza pública y me acomodé en una banca frente a la capilla dedicada a la Virgen de Guadalupe y allí consumí lo comprado. Vi a una señora afanada en recoger la basura y las hojas secas de los pasillos. Como ya tenía el bote de basura lleno, no me atreví a poner más, guardé la mía en la mochila, ya luego la tiraré, pensé. No pude visitar la capilla por estar cerrada, un edificio construido con bloques de concreto, seguramente se me pegó algo de lo criticón de la pareja de la tienda porque lo único que anoté en mi libreta fue: “la casa *cural* es más grande que la capilla”.

HACIA ENCARNACIÓN DE DÍAZ DONDE AGUARDAN OTRAS GRATAS SORPRESAS

Mas de repente me asaltó la inquietud, era pasado medio día y faltaba un trecho muy largo, apenas había recorrido un tercio de lo proyectado para esta temporada. Tuve duda de si seguir la vía del tren o continuar por las veredas y caminos. Decidí hacer esto último y, por lo tanto, lo primero fue regresar al pueblo de Santa María. Según el mapa, Encarnación de Díaz ya estaría cerca, pero no, resultó otro tramo larguísimo y agotador, una sucesión de lomas y valles que presagiaba no tener fin. En cada una de esas lomas me decía que al llegar a la cima ya vería señales del poblado, pero no, lo único que prevalecía, con cierto horror, era otro valle y otras lomas lejanas que habría que remontar. En una de esas veredas pasó por un lado un joven en su cuatrimoto, un poco más adelante le vi batallando con su máquina que ya de repente no quiso funcionar; sin pronunciar palabra con pura comunicación corporal, le hice ver mi preocupación y a plena voz dijo: “no se preocupe padrino, ahorita la arreglo”, pero yo a lo mío, ante la realidad de distancias y cansancios, que a veces se hace difícil aceptar, por un momento pensé en abandonar la empresa, pero casi en seguida me dije a mí mismo: “lo que se inicia hay que terminarlo”. Para ponerme a prueba se presentó una loma especialmente alta, con bastante trabajo ascendí y al llegar al puerto vi lo que de lejos parecía un caserío, incrédulo pensé que se trataba de uno de esos muchos espejismos que engañan a la mente, pero al ir avanzando se hizo claro que se trataba de un poblado grande, recostado en las márgenes de una amplia cañada. Unos cuatro o cinco kilómetros, calculé.

Pero todavía faltaba una prueba más, llegué al cruce con la nueva y espectacular autopista de cuota a Guadalajara y la única forma de pasar era un estrecho puente

de dos carriles sin acotamiento y por donde pasan con mucha frecuencia grandes camiones a buena velocidad. La estrategia fue esperar que se presentara una tregua y luego pasar casi corriendo sin mirar atrás, algún vehículo sonó su claxon y yo levanté los brazos queriendo decir, “¡y qué quieren, que desaparezca!”.

Pasado el susto vi con agrado que estaba ante un sendero agradable con árboles a la vera y que conducía en derechura al pueblo, más bien ciudad, de Encarnación de Díaz. En este lugar reciben al visitante con una estela de mosaico con la representación a gran escala del escudo de la ciudad. Se establece que es de Díaz por el general Porfirio Díaz, pero por otra fuente se sabe que es más bien por el padre del general y si se quiere de sus ascendientes, los Díaz, que llegaron de España a esas tierras y después, una de sus ramas se fue a Oaxaca donde nació don Porfirio. Se trata de un lugar agradable y con mucha actividad a pesar de la pandemia, a ojos vistas la fe católica está muy arraigada en razón de las muchas iglesias que se ven en la ciudad y por haber sido un bastión de los cristeros en aquella triste y aberrante guerra fraterna, al grado de que se tiene en la ciudad el Museo de la Guerra Cristera, que no visité por dos razones: por estar cerrado y por prejuicio propio, pensando que se contará la historia con la visión de un solo lado. La plaza es muy agradable con mucho sabor provinciano y en el marco de la magnífica obra de la catedral dedicada a Nuestra Señora de la Encarnación, cuenta con una refinada arquitectura donde destacan sus dos altas y esbeltas torres. En un lugar destacado de la plaza, con letras grandes de colores, de esas que ahora se ven en todas las ciudades, se ostenta *La Chona* como se conoce popularmente este lugar en toda la comarca, inclusive los autobuses que se dirigen hacia allá se anuncian así: La Chona.

La Chona. Encarnación de Díaz



Y salió al paso una grata sorpresa, un edificio de arquitectura sobria y elegante con muros de grandes piedras con las juntas *rajueadas*; un pórtico de cantera bien trabajada y sus pilares, a manera de contrafuertes, de ladrillo aparente. Me enteré que el edificio es ocupado por la Casa de Cultura, la sorpresa pasó de ser rara a muy grata, plena y mayúscula, al ver a un lado del portón de entrada una placa metálica que ostenta: Auditorio “Maestro y Doctor Pedro de Alba”. Intenté ingresar, toqué con insistencia en el portón de madera, finalmente abrió un guardia malhumorado, le expliqué el motivo de mi visita, le mostré la credencial de elector para que viera mi nombre, especialmente hice hincapié en el “De Alba”, pero solamente dijo: “no se puede pasar” y cerró, no hubo ninguna explicación, menos una concesión.

Casa de Cultura. Encarnación de Díaz



**Presencia del abuelo Pedro en Encarnación de Díaz.
Casa de Cultura**

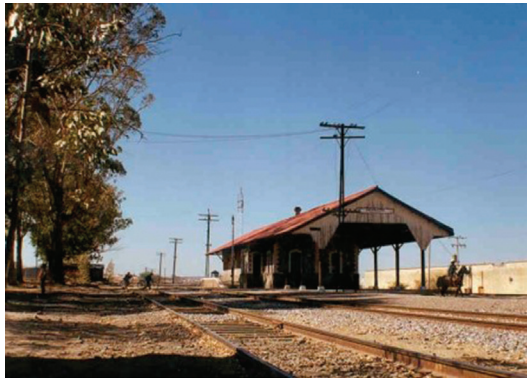


Regresé a la plaza que también se encontraba acordonada y al ver el mapa me di cuenta que todavía faltaba mucho trecho, por lo que decidí terminar la visita a tan importante y sorprendente lugar con la esperanza de que algún día pueda regresar.

SEGUIR CAMINO EN MEDIO DE LA LLUVIA Y CÓMO LA FORTUNA
VUELVE A SER FAVORABLE

Tomé camino nuevamente, me detuve brevemente al pasar por el río Encarnación que se veía muy disminuido, así como por el puente que allí existe y que poco conserva del original colonial. Al pasar vi la antigua estación del ferrocarril, que como ya se mencionó, también guarda relación con el abuelo don Pedro, ya que él y su amigo fueron bajados del tren en ese preciso lugar por querer pasarse de listos.

Estación del ferrocarril en Encarnación de Díaz



Ya en camino franco, traté de adelantar por caminos rurales paralelos a la carretera federal No. 54 que sigue el trazo antiguo del Real Camino de Tierra Adentro que, pasando por los reales de minas, principalmente Zacatecas y Fresnillo, llegaba hasta Santa Fe, de manera formal Nuestra Señora de la Santa Fe, que fue centro religioso, cultural y económico de la Nueva España y luego de México, para quedar, por las malas, según la visión de acá, en manos de los gringos. En una encrucijada de caminos hice un alto más prolongado en un pequeño puesto en medio de ningún lado, para consumir un par de tacos de carne asada bastante generosos.

Nuevamente me enfrenté a la realidad, caminé tramos larguísimos que transcurren en una zona geológicamente interesante y compleja con cráteres volcánicos y otros que parecen ser impactos de asteroides, así como mesetas elevadas formadas por la erosión de siglos. Me encontré con extensos campos de labor y ranchos ganaderos. Y resulta que las nubes que antes estaban refugiadas al Este, se empeñaron en cubrir todo el

cielo, el Sol luchaba por dejarse ver o por lo menos tener un lugarcito que se le negaba; surgieron nubes más negras y densas que pronto se multiplicaron. A mis espaldas se formó algo como una cueva negra que intermitentemente se iluminaba con rayos y centellas. Más tarde, yo mismo ya estaba dentro de esa cueva, el viento arreció, la temperatura bajó y escuché algo raro, como un rumor, que al principio era lejano, pero pronto se vino encima en la forma de una fuerte lluvia. En efecto, creyéndolo o no, al rato caminaba por una cortina de agua. Me refugié en una arboleda y saqué de la mochila el impermeable que con bastante trabajo me coloqué, de tal manera de cubrir lo mejor posible la mochila a toda costa, “hay que mantener las cosas secas, entre ellas la libreta de notas y la cámara”, concluí. Caminé por un trecho bajo la lluvia, pero luego resultó difícil por tener los zapatos y los pantalones empapados y, principalmente, por el fango, el piso que seco parecía piedra, mojado se convirtió en una masa viscosa como chicle. A lo lejos vi las luces de un caserío y me dirigí hacia allá. Me refugié en un cobertizo precario con la intención de resistir allí mientras la lluvia disminuía. En eso escuché la voz de un señor; al principio pensé que me correrían del lugar por la desconfianza, a todo y a todos, que en la actualidad prevalece, pero no, lo que escuché fue: “pásele, el perro está amarrado, allí donde está se va a acabar de mojar”. Así lo hice y el señor me dijo que si quería me podía rentar una cabañita por 170 pesos con derecho al baño del ojo de agua termal. La oferta me pareció estupenda y difícil, o imposible, de rechazar, casi bajada del cielo, de todos modos ya no podía dar un paso más.

Resultó pues, otra casualidad afortunada: fui acomodado en una especie de palapa de planta elíptica, con una cama con tambor de varas entrelazadas y una colchoneta delgada pero cómoda y como complemento del mobiliario una mesita de igual hechura para poner las cosas. Mi anfitrión indicó que siguiendo un pasillo encontraría las tinas de agua termal, me indicó que eligiera la que más me gustara y a la hora que quisiera. No esperé mucho, me quité la ropa mojada, la acomodé en un barandal y me fui a una de esas tinas que son como pequeñas albercas con gradas de mampostería, por lo que puede estar uno con el cuerpo entero dentro del agua o sólo los pies. El agua, bastante caliente —calculo unos 40 grados— es corriente, ingresa por un caño y sale por otro. Con el cansancio acumulado el baño me cayó de maravilla y lo prolongué lo más que pude hasta quedar como camarón.

El lugar me hizo recordar la Estación Hermanas, cerca de Monclova en el estado de Coahuila, a donde le gustaba ir doña Zapopan, la mamá del primo Ricardo. En

una ocasión, de paso a un viaje a Estados Unidos, paramos en ese lugar, algunos nos recetamos un buen baño de agua caliente, las damas se pusieron sus moños y se perdieron esa agradable experiencia; para mí fue de mucho provecho, ya que manejar por esas carreteras, que representan tan largas distancias, ya no se me hizo tan cansado. Pero después de este baño, adicional al propinado por la lluvia, me fui a la cabaña dispuesto a descansar; al rato tocó el señor encargado para saber si me iba a preparar algo de comer. Le dije que sí y me condujo a otra palapa de mayor tamaño que da servicio tanto a los que llegan a alojarse como a quienes pasan por el camino. Sólo había dos mesas ocupadas, yo ocupé una tercera, me prepararon una pieza de pollo asada con frijoles y tortillas gruesas recién hechas, de postre ofrecieron queso de tuna, lo cual resultó otra agradable sorpresa al recordar que era el dulce preferido de la abuela, mamá María. Después me disculpé y me fui a descansar a la cama de varas.

AL ENCUENTRO DE LA NUEVA GRAN CIUDAD DE AGUASCALIENTES

Desperté temprano al escuchar el fuerte mugir de las vacas en un establo próximo, de los mismos dueños que son muy *luchistas*. Aproveché para darme otro baño de agua termal, me preparé, di las gracias por tan buen trato a tan módico costo y salí al camino cuando la aurora empezó a asomar. Como a la hora de camino encontré el caserío que tiene el nombre de El Refugio de Peñuelas, seguí de largo y en una hora más llegué a Peñuelas y al Senegal, que ante la ola de progreso ya perdieron su fisonomía de pueblos. Este lugar marca la desviación al aeropuerto que se dice internacional, me puse a pensar en lo mucho que ha cambiado Aguascalientes desde que la familia vivió en esta ciudad, y aún más desde que el abuelo llegó en el ferrocarril dispuesto a cultivarse y crecer. Él no vio lo que ahora existe, además del aeropuerto, una inmensa zona industrial con variadas y descomunales empresas como la Nissan que parece en sí misma una ciudad, otra, la Bombardier, donde fabrican aviones y otras máquinas. Entre tantas fábricas se intercalan grandes centros comerciales, así como varios hoteles de cadenas internacionales, por lo pronto casi vacíos. Por mi parte, le apuesto con creces a las cabañas y al balneario de “El Potrero”, que así se llamaba, y donde pasé la noche, disfruté del agua termal y me alimenté por unos pocos pesos, esos hoteles seguramente pedirán una cantidad mucho mayor.

A pesar de la pandemia, las fábricas se veían en plena operación, salían y entraban multitud de obreros, así como vehículos de gran tamaño. Sentí cierta ofuscación y asumí que ya me encontraba en Aguascalientes y al ver que era bastante incómodo y riesgoso caminar por esta zona, hice una pequeña trampa, quizá imperdonable para quien se dice caminante, abordé un camión urbano que se dirigía a la Central de Autobuses. En opinión de este caminante se tienen tres justificaciones para faltar a la regla básica de quien está en esta condición: a) lo incómodo y peligroso de caminar en la zona donde salen y entran grandes camiones de carga, b) el encontrarme ya en los límites de la ciudad de Aguascalientes, y c) pasar a la Central para arreglar con tiempo el regreso a casa. Así lo hice y pronto me encontré enfrente de la Central, ingresé y me enteré que había una corrida a Toluca ese mismo día a las 10 de la noche, y decidí comprar un boleto. A partir de ese momento contaría con 12 horas efectivas para conocer y reconocer mi ciudad natal de Aguascalientes. Lo primero que hice fue pasar a un quiosco del Ayuntamiento donde me obsequiaron un mapa turístico que me sería de mucha utilidad, tanto el quiosco como el mapa ostentan el mensaje oficial “Aguascalientes, Contigo al 100”.

EL ENCUENTRO CON LA HISTORIA Y CON LAS EMOCIONES

Lo primero fue caminar al Centro Histórico y de allí unas cuantas cuerdas al Jardín de San Marcos, luego pasé por una cafetería abierta y mi estómago me recordó que llevaba varias horas sin darle algo de comer. Decidido a entrar previamente, me hicieron pasar por un tapete sanitario, lavarme las manos y ponerme gel antibacterial; me pregunté si lo que detiene a las bacterias también lo hace con el virus. El joven que me atendió me explicó que tenían guisos preparados y los servían al gusto del cliente en tacos de tortilla de maíz o de trigo, o bien en bolillo. Pensé en el asunto un momento y pedí dos bolillos, uno de huevo revuelto a la mexicana y otro de papas con chorizo, así como café de olla. Cuando llevaron el pedido me di cuenta que con un solo bolillo hubiera sido más que suficiente, porque eran enormes, unos mega bolillos. La manera de prepararlos me pareció singular, esperaba el pan partido de forma tradicional, como torta, pero no, le quitan al bolillo un extremo y lo rellenan con el guisado como si se tratara de un barquillo. No tuve más remedio que comerme los dos bolillos, aparte del hambre que llevaba, el resultado fue un desayuno ciertamente delicioso y memorable,

además, la mesa que me asignaron se encontraba próxima a una ventana hacia la calle, donde pude observar con toda calma el depurado y elegante empedrado de la calle y las banquetas, como se ve en ciudades y pueblos antiguos de Europa. Quedé listo para enfrentar y resistir la siguiente emoción mayúscula, es decir, presentarme cerca del edificio donde estuvo la clínica “La Esperanza”, ni más ni menos el lugar donde arribé al mundo el 14 de marzo de 1945, mismo año en que se terminó la gran guerra, lo que me hace creer que mi misión fue traer la paz al mundo.

El edificio donde estuvo esa clínica está a un lado del Jardín de San Marcos, por ahora desafortunadamente cerrado. Me hice un espacio en la banca que forma la balaustrada del jardín, las piedras aún estaban húmedas y frías, allí en medio de la soledad me puse sentimental y me dediqué a repasar testimonios que mi hermana Esperanza me comunicó. La concentración fue tan profunda que vi claramente a Pera mi hermana, con apenas 10 años de edad, se acercó como siempre, alegre y bromista, y se sentó a mi lado. Me platicó que la clínica estaba a cargo de misioneras extranjeras, parecían alemanas, que servían también como enfermeras y que fueron por ella y mis otros hermanos y hermanas, a la casa que se encontraba cerca; los hicieron salir y tomarse de las manos y les dijeron: “Vamos a que conozcan a su nuevo hermanito que está muy grande y bonito”. Pera dice que su impresión fue muy contraria al exclamar: “¡Ay!, está bien flaco y además es muy chillón”. A mí no se me ocurrió qué decir o pensar más que ya habíamos estado en este lugar, pues había traído a la familia con nuestros hijos, aún pequeños, al lugar donde nací, pero esta nueva ocasión fue muy especial para mí, pues significó haber llegado en peregrinación desde la puerta de la casa, aunque la haya hecho en muchas etapas y varios años, tanta emoción me causó hondos sentimientos y al verme así Pera concluyó: “¡Ay!, sigues igual de chillón”.

A petición mía cambiamos de tema y Pera me dijo que en aquella época estaban ampliando el jardín de San Marcos y por lo tanto estaban construyendo un nuevo tramo de la balaustrada, había varios obreros labrando las piedras; como la casa estaba cerca de este lugar, agrega Pera, bajábamos a jugar entre las piedras imaginando estar en un castillo amenazado por grandes dragones, en una de esas ocasiones el entretenimiento terminó cuando un alacrán le picó a Fernando, lo cual significó una crisis familiar. Pera recuerda que unos pocos meses antes, estando la familia en El Grullo, Fernando fue víctima de la picadura de un alacrán, pero allá, recalca, los alacranes sí que son ponzoñosos, si no hubiera sido por la intervención de la vecina, doña Julia, que inoculó a Fernando con el veneno del mismo alacrán que le picó,

puede ser que éste ya no lo hubiera contado. En cambio, en Aguascalientes, el alacrán sólo causó dolor y algo de fiebre que amainó con los cuidados y remedios de Esthercita.

**Balaustrada del Jardín
de San Marcos, Aguascalientes**



Pera me pidió que subiéramos por la calle próxima al edificio donde estaba la clínica, pero antes me mostró un letrero arriba de una de las puertas que ostenta: Súper Farmacia “Esperanza” le ofrece medicamentos de patente, 30% de descuento; genéricos 50%; similares, 75% de ahorro. Es una reminiscencia de lo que fue la clínica, y Pera agrega que a veces le reclamaba a Esthercita que le hubiera puesto nombre de miscelánea, o en este caso de farmacia. Luego subimos por la calle empedrada que hace una curva y vimos unas casas apretadas unas con otras, Pera señaló una de ellas y dijo: “aquí vivíamos, fue donde pasaste tus primeros días de vida, eras un bebé molón”. Luego, a manera de confesión, me dijo que un día nuestra madre le encargó al niño, o sea yo, pero como en la calle sus amigas estaban muy entretenidas en el juego del avión, para no perderse de la diversión discurrió amarrarme a su espalda con un rebozo, y resulta que con los brincos del juego: “te me zafaste del rebozo y fuiste a dar al suelo”, dijo Pera sin inmutarse.

Casa donde pasé mis primeros meses de vida



Supongo que de alguna manera sus amigas le ayudaron a calmarme y curarme para no entregar tan malas cuentas; ya no supe en qué condiciones quedé, porque eso no me lo dijo Pera, sin embargo, sospecho que una especie de hueco que tengo permanentemente en el occipital proviene de aquella ocasión. Pera cambió de tema y dijo que la casa se encontraba detrás de la plaza de toros, y cuando había corridas se escuchaban los gritos de la gente, así como la música de la banda tocando pasos dobles, propios de esa llamada fiesta brava, y los espantables bufidos de los toros enfrentados al castigo y la muerte. El viaje al pasado acompañado por Pera terminó; discretamente y sin previo aviso me dejó solo en esa banca escuchando todavía el eco de las risas de las niñas jugando al avión.

Bajé hacia el Jardín de San Marcos con el propósito de visitar el templo dedicado obviamente al apóstol San Marcos evangelista, patrón del barrio. A esa hora lucía en todo su esplendor con su elegante y depurada arquitectura, su portada barroca y las torres neoclásicas, lo que parece denotar cierta indefinición de estilos. Si estuviera en mis manos haría o mandaría quitar el reloj que claramente es un pegote, un añadido como respuesta a la llamada época del progreso en que se dio más importancia al tiempo que a la gente, y así seguimos. Aproveché que el templo estaba abierto para pasar al interior, la parte más alta del retablo central ocupada necesariamente por San Marcos evangelista, cuyo símbolo es la fuerza del león. Ya en el atrio exterior, me dije que faltó una columna clásica con el León Alado como ocurre en la Plaza de San Marcos en Venecia para denotar que son territorios del evangelista.

**Templo de San Marcos evangelista.
Barrio de San Marcos, Aguascalientes**



AL ENCUENTRO DE OTROS RECUERDOS EN TAN AGRADABLE LUGAR

Cumplido otro de los propósitos de esta caminata regresé a la plaza principal para ofrecer los debidos respetos y agradecimiento a Nuestra Señora de la Asunción en su catedral, otro de los monumentos coloniales que engalanan la ciudad, que no por ser el lugar de mi nacimiento, es una ciudad bella, con mucho encanto y con un atractivo muy propio. Son de llamar la atención las torres de la catedral, esbeltas y con fino decorado de cantera labrada de un color rosa tendiente al rojo. Luego pasé a ver el edificio del Palacio de Gobierno, como vi pasar a algunas personas, con el ritual previo de la sanidad, pedí permiso para pasar y poder ver los murales sabiendo que allí se encuentra representado don Pedro de Alba, junto con otros ilustres de Aguascalientes, pero como me lo temía, me dijeron que no estaban permitidas las visitas. Me conformé con una vista parcial y lejana de los murales.

**Catedral de Nuestra Señora de la Asunción,
Aguascalientes**



Ya después me regalé un paseo pausado por la Plaza de la Patria que se dice ser, no sólo el centro geográfico de la ciudad, sino del país todo.

Plaza de la Patria. Aguascalientes. Centro del país



Después tomé la calle Juan de Montoro que luego se transformó en un bonito andador con jardines y zonas arboladas, así llegué con el ánimo en alto a la Plaza de las Tres Centurias que alberga la antigua estación del ferrocarril, ahora el edificio convertido en museo, así como los inmensos talleres de los ferrocarriles, convertidos en espacios culturales, incluyendo la Universidad de las Artes. Al estar en el jardín, frente al edificio de la antigua estación, tomé un respiro, y en particular en una banca decorada con pedazos de cerámica, arte llamado *trencadiz*, técnica que usó magistralmente Antonio Gaudí. Era necesaria la preparación anímica, pues ese edificio guarda otros recuerdos significativos. Una vez preparado me acerqué al edificio y me dije que en ese lugar precisamente llegó el abuelo Pedro de Alba de su natal San Juan de los Lagos para iniciar su preparación.

En ese momento se hizo presente otro hecho más próximo a mí y para su relato nuevamente conté con Pera que me auxilió. Relató que en una banca del andén de la estación, la familia con todas sus pertenencias esperamos la llegada del tren que nos habría de conducir a San Luis Potosí, allí estuvieron dando lata Rosa, Fernando y Julieta, mientras mamá se las arreglaba con los chicos Pedro, Francisco y el bebé, o sea yo. Cuando llegó el tren, por llevar tantas cosas no se nos permitió subir al carro de segunda, por lo que tuvimos que viajar en un vagón de carga lleno de cajas y bultos, así como unas vacas dentro de un corral improvisado. Para nosotros resultó toda una aventura con muchos juegos por hacer y descubrir. La pasamos muy bien un rato hasta que yo sufrí una fea quemadura en un pie, debido al ácido de una batería que a un señor imprudente se le volcó. Con lo que pudo mamá me atendió, pero ella misma no la estaba pasando muy bien, pues se puso mal, enfermó, y de paso también el bebé. Las cosas se pusieron muy, muy difíciles mientras que el viaje parecía interminable. Si se hubiera tardado más, el desastre pudo ser mucho peor, pero afortunadamente llegamos a San Luis Potosí y allí nuestro padre nos estaba esperando, en una clínica nos atendieron a todos y ya luego nos instalamos en un nuevo hogar después de haber estado en Zacatecas, Guadalajara, Toluca, nuevamente Guadalajara, El Grullo, Aguascalientes, San Luis Potosí, Tlahualilo, y de vuelta a Toluca, para que allí fuera, por azares del destino, la definitiva residencia familiar. Le agradezco a Pera que me haya hecho saber este episodio de mi vida que para mí pasó desapercibido por la edad, pero que ciertamente resultó significativo y determinante. Casi vi y sentí el sufrimiento y la angustia de Esthercita, en parte por no sentirse bien, pero mayormente por ver en riesgo a sus hijos, incluyendo el más pequeño. Entre suspiros dediqué tiempo a

ver y admirar el magnífico edificio de la estación. Sus muros construidos con ladrillos industriales de color beige o crema-amarillo, los remates con el mismo tipo de ladrillo, pero de color rojo, el entrepiso de duela soportada por armaduras metálicas, los techos y los volados de lámina de zinc también sobre armaduras. Se conserva el letrero original de la estación que anuncia AGUASCALIENTES, así como las distancias: al Sur 535 km a la Ciudad de México y al Norte 1 388 km a Ciudad Juárez. Inmediatamente arriba destaca un bonito balcón con un par de ventanas y el reloj que marcaba las 11:30 horas.

Estación del ferrocarril en Aguascalientes



Detalle de la Estación del Ferrocarril
en Aguascalientes



Con una carga inexplicable en el espíritu, volví al pequeño parque frente a la estación, las fuentes cantarinas que seguían el ritmo de melodías con temas de los ferrocarriles, están silenciadas y a juzgar por las hojas y el musgo acumulados en el agua, así han estado calladas por un buen tiempo. Más o menos recuperado, me dispongo a recorrer algunas zonas del espacioso lugar. Primero los carros del ferrocarril que resguardan en el antiguo patio, allí se ve el tren presidencial de Lázaro Cárdenas, y sin venir al caso me digo que es cuestionable que los presidentes tengan aviones o trenes presidenciales, aunque Lázaro Cárdenas se debe reconocer como mejor presidente que todos los que le siguieron. También tienen otros tipos de carros bien conservados como un *cabús* y un coche correo que sirve ahora como biblioteca, todos los demás carros, excepto éste, se encontraron cerrados, la señora encargada me recibió con palabras amables, me dijo que la biblioteca era infantil, pero que si quería podía leer alguno de los libros. Para no desanimarla me senté y le pregunté si contaba con el libro *Corazón, diario de un niño*, y pronto me acercó un ejemplar de edición más o menos reciente, la

lectura me hizo regresar a los años de la escuela primaria, pues este libro era el oficial de lectura. Me puse a leer una parte del episodio del pequeño escritor florentino. Pero pronto me dije que era suficiente, me disculpé y la señora me dijo que me acercara al antiguo almacén y taller de reparación de locomotoras donde tenían, dijo, un museo en el cual exhiben antiguas máquinas herramientas. Así lo hice y al ver la puerta abierta ingresé y, en efecto, vi grandes máquinas para fabricar las pesadas ruedas de las máquinas locomotoras y otra para rectificar los cilindros, las bielas y las chumaceras. En eso estaba cuando un señor, con cara y actitud muy dura, dijo que el museo estaba cerrado. Le expliqué que vi la puerta abierta, y me contestó que sólo era para el ingreso de empleados que necesitaban pasar al baño, me disculpé, pero antes de salir, siguiendo las palabras del rígido encargado, pasé al baño sin pedir permiso, pues fue necesario hacerlo. Luego fui a ver el gran reloj y el vagón habilitado como graderías; en los días normales se acomodaba ahí a los visitantes para que al dar la hora se accionara el descomunal silbato de vapor y me explicaron que antaño el sonido característico de Aguascalientes. En una visita anterior fuimos testigos, Rosa Elena y yo, de ese interesante detalle. Después pasé a ver lo que queda de la antigua casa redonda: los cimientos de burdo concreto ciclópeo. Aquí le daban mantenimiento a las locomotoras. La locomotora en turno entraba por un riel hasta el centro del gran redondel. Una vez fija la giraban para luego dirigirla a una de las nueve naves taller para ser reparada o acondicionada.

Lo que queda de la casa redonda



Luego hice un recorrido poco detallado por los antiguos talleres de fabricación convertidos ahora en las aulas y salas de la Universidad del Arte, por el momento todo estaba cerrado. Seguí en esa dirección por una amplia calzada ajardinada, paralela a la vía del tren por donde pasan con cierta frecuencia largos convoyes de carga. Así llegué hasta los antiguos manantiales que el mapa marcaba como “Baños termales de Ojocaliente”, lugar importante en la historia de la ciudad, ya que estos manantiales de agua caliente dieron lugar a asentamientos humanos desde épocas prehistóricas. Los españoles en su oportunidad fundaron aquí La Villa de Nuestra Señora de la Asunción de las Aguas Calientes. Ganas me dieron de un baño en tan histórico manantial, pero el lugar estaba cerrado. Alcancé a ver entre las rejas que se trataba de un parque extenso y bello, lleno de verdor que algún día habré de visitar. De regreso al centro de la ciudad pasé por un lugar llamado Los Arquitos donde también existe o existía un manantial, se ven todavía los lavaderos públicos.

Flores en la Plaza de las Tres Centurias



Los Arquitos, antiguo manantial. Aguascalientes



Regresé al centro y al no poder ingresar a museos y otros edificios me dediqué a ver fachadas de edificios importantes. Tomé un descanso en una plaza con pergolado modernista que antes no había visto. Tienen una fuente al nivel de piso con surtidores de agua que crecen y decrecen, lo cual hace las delicias de los niños a quienes se les ve contentos y gritando de la emoción. Yo quiero ver en esos niños a mis nietos y nietas. Decidí dirigir los pasos al barrio del Cristo del Encino también llamado de Triana, alguna relación habrá con la Triana de Sevilla. En una visita anterior estuvimos aquí y visitamos el Museo “José Guadalupe Posada”. Tanto el museo como el templo se encontraban cerrados, por lo que pasé un rato, por cierto agradable, en una banca del parque a la vista de la fachada del templo. La fuente que allí existe es amplia, el agua se desparrama en la periferia, lo que aprovechan las palomas y otros pájaros para darse sus baños rápidos de la manera que les es característica; en ocasiones vi algunas de esas aves echarse agua unas a otras como si fueran niños.

La tradición del Cristo del Encino tiene algo de parecido con la Virgen del Ocotil en Tlaxcala y la Virgen de la Encina en Ponferrada, España. La imagen del Cristo o en su caso de las vírgenes, se encuentran ocultas en el leñoso árbol hasta que el hacha de un leñador o el fuego la descubre de forma milagrosa. Esta ha sido una experiencia nueva, ya que mucho de lo que se relata hay que imaginarlo, pues los lugares están cerrados, pero las fachadas y exteriores brindan también mucho atractivo. De esta manera hice un recorrido sin destino ni propósitos definidos, sólo me dediqué a observar los diferentes estilos arquitectónicos de los edificios y las casas, o por lo

menos las fachadas, así como el empedrado de las calles y lo bien logrado de los detalles en banquetas y entradas de los edificios.

Jardín y templo de Nuestro Señor del Encino



LA NECESARIA DESPEDIDA Y EL INEVITABLE FIN DE ESTE JALÓN

Al pasar por la calle de Colón vi una cocina económica con el mismo nombre de la calle; como la hora de comer ya se estaba pasando aproveché la oportunidad que se me presentó; el interior arreglado al estilo mexicano, pero con elementos más propios de Jalisco que de Aguascalientes. Una joven me atendió y al hablar distinguí un fuerte acento extranjero, alemán digo, posiblemente una estudiante que hacía un intercambio, concluí. Me vi tentado a preguntar y creo que debí hacerlo, pero no fue así y me quedé con una duda que perdura hasta hoy. El caso es que con su acento europeo informé que la comida consistía en consomé de pollo o caldo de res y de plato fuerte tres guisos a elegir. Después de darle algo de vueltas al asunto me decidí

por el caldo de res y el plato compuesto de tinga, carne deshebrada con alubias y nopales guisados; de tomar, agua de piña, se me advirtió que la comida incluía un solo vaso, pero seguramente viendo mi estado me obsequiaron un segundo vaso, no hubo postre, pero no hay queja, resultó una buena y reparadora comida.

En la calle caía una lluvia rara, ya que descendía completamente vertical, como si fuera una inmensa regadera a la que se abrió la llave solamente a medias. Esto me obligó a sacar nuevamente el impermeable; no resultó intensa y la verdad fue hasta agradable caminar bajo la lluvia, vino a mi mente la escena, ya clásica, de Gene Kelly en *Cantando bajo la lluvia*. Pensé cantar aunque no supiera hacerlo, pero la melodía no salió de la mente. Al recordar que en la comida no hubo postre, me interné en una heladería y me obsequié un barquillo con nieve de pistache. Para no estar en la intemperie, mientras disfrutaba del helado, encontré refugio en un cobertizo en el atrio del templo de San Diego y estando así, vi un edificio de buena estampa que se anunciaba como “Museo Nacional de la Muerte” que en el momento no se me antojó visitar, además de estar cerrado. Mientras tanto, la lluvia escampó y sin querer topé con el centro comercial El Parián que existe desde hace mucho tiempo, pero ahora se encuentra modernizado, un gran paralelepípedo con varios pisos de tiendas, un amplio lobby interior con escaleras eléctricas; la verdad ingresé por curiosidad, pero salí a paso redoblado, pues había mucha gente a pesar de la pandemia. Luego pasé por un edificio más bien pequeño, pero atractivo, donde se aloja la Casa de Cultura “Jesús Terán”. Las virtudes y obras de este personaje las relata el abuelo Pedro de Alba en su libro *Viaje al pasado*, por ejemplo, al ser promotor de la educación y creador del Instituto de Ciencias de Aguascalientes, *alma mater* del abuelo. Me hubiera gustado visitar este lugar.

Casi sin sentirlo o quererlo me encontré nuevamente en la Plaza de la Patria y en uno de los costados vi un quiosco que con grandes carteles anunciaba y ofrecía varios viajes turísticos, entre ellos el supuesto tranvía que hace el recorrido por la ciudad, y que hace algunos años tuvimos ocasión, Rosa Elena y yo, de disfrutar, nos llevaron, entre otros lugares, a San Marcos, al palenque, a la Plaza de las Tres Centurias, al templo del Cristo del Encino, incluyendo una interesante visita al museo del grabador “José Guadalupe Posada”. Otro de los viajes ofrecidos es el tour en el que tratan de atraer al turista con descripciones e imágenes de tres antiguas haciendas: la de Calvillo donde, además, el pueblo está catalogado como Mágico y se distingue por sus deshilados y sus dulces; luego San José de Gracia con antiguos socavones de minas

y un puente colgante antiguo que salva una profunda barranca; finalmente Real de Asientos con el atractivo de los túneles de antiguas minas. De este último lugar, en alguna ocasión me tocó ver un programa de TV y realmente pude ver que se trata de un lugar muy atractivo como si fuera una pequeña Zacatecas con elegantes edificios de cantera, además de contar con piezas valiosas de arte colonial en la pinacoteca de la Parroquia de Nuestra Señora de Belén. Hubiera sido muy bueno hacer ese recorrido tan prometedor pero cualquier intención se interrumpió al ver en el quiosco el letrero “Servicios suspendidos”.

Vi que se estaba haciendo tarde, el sol se ocultó y las calles, llenas de charcos, reflejaban las luces del alumbrado y de los coches; parecía que me encontraba en un set cinematográfico. Y me dije que no podía regresar sin visitar el edificio del antiguo Instituto de Ciencias. La vez pasada me quedé con las ganas de visitarlo, pues nadie me supo dar razón y es que, la verdad, yo indagué dónde se encontraba el Instituto de Ciencias y debí preguntar por la Universidad Autónoma de Aguascalientes, cuya rectoría ocupa el antiguo edificio. Pero en esta ocasión no fallé, a pocas cuerdas encontré el buscado edificio que es elegante pero austero, cuenta con dos niveles, la fachada cuenta con puertas y ventanas rectangulares como fue en las casonas del siglo XIX, en la parte superior dentro de un listón de color marrón con letras doradas se lee: Universidad Autónoma de Aguascalientes, pero para mí no es tal, en el preciso momento en que arribé se transformó en lo que fue, el Instituto de Ciencias donde el abuelo Pedro de Alba estudió la preparatoria y años después sería su director.

La plaza que se forma enfrente del edificio lleva el nombre de “Plaza del Estudiante”; de nueva cuenta mi mente me hizo viajar al pasado y claramente vi al joven Pedro elegantemente vestido, ataviado con sombrero de fieltro y bajo el brazo libros de ciencias escritos en francés; ya va rumbo a sus clases a paso resuelto, pero no apresurado. Él mismo relata que su paso por la preparatoria resultó fundamental, pues formó su carácter, además de un acercamiento al conocimiento universal y al humanismo, lo cual le permitiría realizar sus estudios de medicina en la Escuela Nacional de Medicina en la Ciudad de México, y por las cuestiones que trajo la Revolución el destino quiso que terminara sus estudios en la Escuela Médico Militar, egresando, sin que él se lo hubiera propuesto realmente, como mayor médico militar. Al principio fue destacado a la plaza de Zacatecas donde conoció a mi abuela María Lucía, aspecto que sería afortunado para mí y todos mis hermanos, pues de esa unión nacería Esthercita, nuestra querida madre. Pero volviendo al joven Pedro, preparatoriano, en

su libro menciona que uno de sus mayores gustos era asistir a las veladas culturales, organizadas por sus maestros, en las que Manuel María Ponce tocaba el piano y bellas damitas mostraban sus dotes de canto o declamación. Definitivamente fue para él una bella época. Y por mi parte me vuelvo a decir que ¡sí!, Aguascalientes es un lugar importante en la historia familiar. Cuando la familia vivió aquí ya estábamos siete de los nueve hermanos, de hecho, como ya mencioné muchas veces, a mí me tocó nacer en el barrio de San Marcos del *merito* Aguascalientes. Concluyo que las horas que pasé en tan agradable y significativo lugar resultaron muy emotivas.

El antiguo Instituto de Ciencias de Aguascalientes



Antes de dejar los recuerdos en su lugar, que se hacen casi vivencias, debo decir que el abuelo tuvo mucho que ver con la estancia familiar en Aguascalientes, pues contamos con su protección y apoyo. Por ejemplo, Pera recuerda que la mandaban a la casa de doña Libradita, madre del abuelo, para recoger la leche que ponían en un recipiente de lámina galvanizada. Relata que se trataba de una casa muy amplia con un patio central lleno de macetas con flores de diferentes clases y colores, y de los arcos de los portales colgaban jaulas con pájaros que no dejaban de cantar.

Del tema del Instituto no se puede dejar de mencionar que hace relativamente poco tiempo escribí un ensayo intitulado “Dos institutos paralelos” refiriéndome al de Aguascalientes y al del Estado de México. Las dos instituciones pasaron por similares problemas, pero se distinguen por haber formado intelectuales de renombre y prestigio, así como los dos institutos darían lugar a sendas universidades estatales, dicho ensayo se incluye al final de este libro.

Irremediablemente se hizo de noche. Para no llegar a casa con las manos vacías decidí comprar algo. En la mañana al pasar por algunas calles vi una amplia tienda de dulces y artesanías, pero cuando quise visitarla no la encontré, de alguna manera desapareció, pero a cambio salió al paso un negocio de menor tamaño, aunque agradable al tener bien acomodada la mercancía en vitrinas y estantes; hice mis compras y al ver que llevaba varios productos la señora que me atendió me obsequió un paquetito extra con dulces de leche, “esto es para usted”, dijo. Y sí que le hice caso, me fui comiendo las golosinas mientras caminaba. Tomé la ya conocida avenida José María Chávez hasta llegar al teatro del Seguro Social, me pareció más grande y elegante que el de Toluca, allí doblé por el primer Periférico —la ciudad tiene cinco—, rumbo a la terminal. Antes de llegar me detuve en una tienda para comprar algo para el camino, y en eso vi un letrero: “Oferta: dos cervezas Modelo por 30 pesos”; no resistí la tentación y las compré pensando en que me ayudarían a dormir en el largo y nocturno viaje de regreso. La línea de autobuses cuenta con una sala de espera especial para sus pasajeros, allí me acomodé en uno de los lugares permitidos y vi una imagen de San Judas Tadeo, de buen tamaño, ante la cual los pasajeros se persignaban. Más tarde se formó el inmenso autobús que con letras móviles establecía “Toluca”; lo abordé, había pensado que sería un viaje con pocos pasajeros, pero no, iba casi lleno y al pasar por León se terminó de llenar. El autobús sólo paró en León y en Atlacomulco. Como lo temía, el viaje resultó muy pesado, a ratos dormité, pero la mayor parte del tiempo iba tratando de identificar los lugares por donde pasábamos. Me dije que el balance resultó bastante positivo, pues en dos días netos pude hacer el tramo de San Juan de los Lagos a Aguascalientes, la fortuna me brindó seguridad, así como vivencias intensas y agradables que he tratado de relatar aquí. Pienso que el tiempo no es como un fluido, transcurre a veces de forma extraña, en esta ocasión me pareció lo mismo que mi caminata hubiera durado horas, días o años.

El autobús llegó a Toluca un poco después de las seis de la mañana, el viaje tan pesado me dejó medio muerto, sin embargo, lo agradable de la experiencia de volver a los caminos mantiene el espíritu en alto y eso basta para sacar fuerza de flaqueza y así, como remate, emprender a pie el tramo a casa. Se hace a paso lento, al principio muy lento, para dar oportunidad al sol de iluminar el camino y de paso despertar a los pájaros. Así, en medio de la luz del nuevo día y los cantos de las aves, llegué a casa, al ingresar me pareció que fue hace mucho que salí; pensé en esperar una nueva oportunidad para continuar el camino.

DE CÓMO REINICIÉ LA RUTA EN DONDE LA DEJÉ,
ES DECIR, EN AGUASCALIENTES

Llegó la Semana Santa de 2021 y como siempre, después de darle vueltas al asunto y sortear ocupaciones y preocupaciones, decidí dar continuidad a la ruta ultra sanjuanera. Con la intención de cumplir toda la caminata que toca puntos principalmente familiares y que debe culminar en Zacatecas, la tierra de mamá María y Esthercita.

Al llegar el día desperté con muchas dudas en la cabeza, y preocupado por lo que dejé de hacer, por ejemplo, iniciar los trámites de la jubilación. Para no seguir con lo mismo salí de casa relativamente temprano y así, a mi manera, declaré iniciada la caminata. Me dije que posiblemente esa sería la última caminata larga que emprendería, quedando en el recuerdo el Camino de Santiago y la Ruta de Cortés, entre otras. De ahí en adelante, seguramente, rutas cortas de uno o dos días.

Al pasar por la calle de Hidalgo tuve un contratiempo con un señor, hijo de un conserje de la Facultad de Ingeniería, y me informó que su papá había muerto recientemente, y que me estaba buscando para ser “padrino de la Cruz”. Contesté que me disponía para un viaje, cosa muy cierta, pero sin saber si lo que me decía era verdad o no, a base de insistencias, me sacó un dinero. Para recomponerme me detuve un rato en el parque de la Colonia Federal dedicado al profesor Florencio López Peña y donde existe una escultura de bronce dedicada a la madre, de la autoría de Ernesto E. Tamariz de 1977. La escultura representa a una madre joven de rostro dulce y sonriente, facciones de gente natural y pelo denso peinado en trenzas; con un rebozo envuelve y abraza con ternura a su hijo o hija. A un lado del pedestal una composición de Horacio Zúñiga que dice:

¡Oh Madre, Oh Madre Santa!,... su corazón es nido rojo como una braza que a un tiempo fuese flor, porque a la par que caliente, embalsama y aroma, pues la madre es ternura al igual que la paloma; pero también es lira, igual que el ruiseñor.

En el otro lado del pedestal había otra placa que alguien malamente sustrajo, quedaron solamente los huecos de los pernos que la sujetaban.

De esta manera, el martes 30 de marzo, en la Central de Autobuses de Toluca abordé un autobús de la línea Primera Plus con destino a Aguascalientes. Partimos puntuales a las 12 horas, o sea a medio día. El asiento contiguo al mío estaba vacío,

lo cual fue motivo de momentánea satisfacción, sin embargo, al hacer escala en Atlacomulco subieron más pasajeros y todo el resto del camino viajé junto a un joven que estuvo continuamente cambiando de película en su pantalla, lo cual me puso algo nervioso. Me concentré en ver el paisaje. Por alguna causa el autobús no hizo escala en León, como se había anunciado, por lo que llegamos un poco más temprano a Aguascalientes.

Una vez que bajé del autobús, y ya sabiendo la ruta de la experiencia anterior me dirigí al centro de la ciudad. Caminé por la Avenida de la Convención hasta el Seguro Social y luego por la calle José María Chávez que en dirección al norte llega hasta la Plaza de la Patria, la calle cruza por un paso deprimido. Yo sé que no soy un creyente convencido, pero dadas las circunstancias me dirigí a la Basílica de Nuestra Señora de la Asunción como acto de agradecimiento y petición por un buen camino, pero esta vez principalmente para unir mis pensamientos a los de toda la familia para pedir por la salud del niño Karim, nieto de Eloísa nuestra hermana. Después caminé las pocas cuerdas hasta el Jardín de San Marcos que para agradable sorpresa encontré abierto y con mucha gente en su interior; la pasada ocasión, no muy lejana, estaba tristemente cerrado.

Desde dentro del Jardín hice mi primera foto de esta etapa, enfoqué al edificio donde hace mucho tiempo estuvo la Clínica “La Esperanza” donde el 14 de marzo de 1945 hice mi arribo a este mundo. Por supuesto, me quedé un buen rato repasando recuerdos de aquella ocasión, relatos que con gran alegría para mí, me compartió mi hermana Esperanza. Muchos de esos recuerdos ya quedaron registrados en capítulos anteriores. Medité un buen rato allí parado en lo que ha sido mi vida, es admirable el poder de la mente que en poco tiempo formula un resumen de lo bueno y lo malo, de lo agradable y lo no tanto, de detalles que surgen de forma espontánea, maravillosa y efímera.

La antigua clínica
“La Esperanza”, desde el Jardín de San Marcos



Después caminé sin rumbo por el barrio. Por la plaza del Templo de San Marcos pasan personas a veces solitarias y otras en grupo, parecía que caminaban como yo, es decir, sin rumbo fijo. Me acerqué al interior del templo que ya desde la otra ocasión conocí e hice una nueva variante, de mis agradecimientos y peticiones. De paso hice una foto del templo alumbrado en parte por los últimos rayos de luz del día, con el sol en franco ocaso. Pero ya los encargados del templo con cierta aprensión accionaron la iluminación artificial como se advierte en la fotografía. Los pasos me llevaron de regreso al Jardín de San Marcos recorrí por todos los pasillos, admirando los muchos macizos de flores con que cuenta. Como era ya francamente de noche, hice otra fotografía del lugar más iluminado que encontré, el quiosco montado sobre una fuente y al frente una escultura de un director de banda musical cuyo nombre no registré. Recientemente la autoridad mandó colocar muchas otras esculturas en el jardín como una vendedora de flores, niños jugando y algunas representaciones fantásticas sin faltar algunos de los ilustres de Aguascalientes como José Guadalupe Posada.

Después me di a la tarea de buscar un lugar para tratar de descansar y estar listo para iniciar el camino el siguiente día. Me dirigí por instinto al edificio que fue del Instituto de Ciencias de Aguascalientes, alma mater del abuelo Pedro de Alba, por esa zona debe estar, pienso, el hotel donde la otra ocasión me hospedé. Pero estando en eso pensé que no siempre debo repetir los mismos episodios, por lo que me acerqué a preguntar a un agente del orden y me dijo que cerca del mercado encontraría uno

bueno y barato. Este señor, al ver que no comprendía bien sus indicaciones, al tiempo de ver pasar a un joven que se gana la vida cantando en la vía pública y en los camiones urbanos, dijo: “él va para allá, seguramente no tendrá inconveniente en encaminarte”. El joven se dijo dispuesto, pero antes le comentó al guardia algo como “entonces, como quedamos, mañana me das chance otra vez, no te me vayas a poner flamenco”. Caminamos unas cuatro cuabras y al llegar al destino dijo lacónicamente: “aquí es”. Resultó un hotel acondicionado en lo que fue una antigua vecindad y me di cuenta que la mayoría de los inquilinos eran policías, seguramente reclutados para tratar de controlar la violencia y los asaltos que han proliferado en la región. El encargado estaba muy entretenido viendo un partido de futbol en la televisión, le avisaron que había un posible cliente, pronto nos pusimos de acuerdo y me ofreció un cuarto en la parte trasera, que acepté sin chistar, pues “seguramente estará aislado del ruido”, pensé. Así fue, merendé lo previamente comprado en una sucursal de Farmacias Guadalajara, cuyo pan por experiencia sé que es bueno. Después de un baño de regadera reparador me metí a la cama para un descanso que resultó bien aprovechado.

El templo de San Marcos, con la última luz del día



El quiosco del Jardín de San Marcos



EL INICIO DEL CAMINO CON LA META Y OBSESIÓN DE LLEGAR A RINCÓN DE ROMOS

Muy temprano desperté, arreglé mis cosas, me di un nuevo baño y me sentí listo para una jornada que prometía ser pesada y que tomaría, lo sabía, la mayor parte del día. Según la costumbre de muchas caminatas anteriores, el primer paso de una nueva etapa se da en algún lugar emblemático. Por ejemplo, en Burgos, al hacer el Camino de Santiago, se dio el primer paso en el arco de San Esteban que forma parte de la famosa catedral gótica de la ciudad. En este caso, di algunos pasos hasta llegar al atrio de la Basílica de Nuestra Señora de la Asunción. Como el templo estaba cerrado, elegí una losa del pórtico principal que por alguna causa me pareció especial, y allí declaré solemnemente el primer paso de este jalón. Aproveché para hacer una foto del Palacio de Gobierno profusamente iluminado, sabiendo que dentro del inmueble hay un gran mural, en una parte del mismo está representado el abuelo Pedro de Alba, junto a Ramón López Velarde y Felgueres Pani.

En la foto salió parte del letrero que se ha hecho casi regla en las ciudades que con grandes letras hechas de lámina anuncia el nombre del lugar, aunque todos, propios y extraños, ya lo conozcan. Pero, en este caso, en la foto solamente apareció “AGUAS”, lo cual pareció atractivo y simbólico, como alentándome a ir con cuidado en esos caminos de incertidumbre, pero, para dicha propia, siempre he ido acompañado de la buena fortuna. ¡Oh!, fortuna.

El Palacio de Gobierno
de Aguascalientes en la madrugada



Finalmente, emprendí la caminata, seguí la calle Cinco de Mayo que es propiamente la prolongación hacia el norte de la calle José María Chávez, que fue el día anterior mi referencia principal. Pasé por infinidad de comercios, colonias y centros comerciales. Encontré una encrucijada de caminos, mi mapa me indicó que debía seguir la Avenida Petróleos Mexicanos y así lo hice, aunque intuitivamente pensé en que tal vialidad, por un buen tramo, es para transporte, no para peatones, la decisión resultó afortunada porque después encontré el libramiento llamado Circunvalación Norte y al cruzarlo me indicó un letrero que estaba en la carretera 45 a Rincón de Romos. Y más adelante otro letrero que me alarmó, pues establecía lacónicamente: Zacatecas 127 km. Distancia que en dos días difícilmente podía recorrer, pero tenía la intención y propósito de lograrlo.

De allí en adelante me esperarían más de dos horas por los suburbios de la ciudad que parecen interminables, la industria en Aguascalientes es impresionante, a un inmenso parque industrial sigue otro y otro de iguales o mayores proporciones.

A la salida de una de las fábricas observé un puesto de tamales y como vi que varios obreros recurrían a ese establecimiento me acerqué y pedí un tamal de verde puesto en un birote o bolillo, pero aquí en lugar de poner el tamal en el pan partido, como las “guajolotas” del centro del país, le quitan una de las puntas y lo retacan con lo cual queda como un barquillo; de tomar no hubo elección más que un atole, o algo así como champurrado con sabor a nuez. El desayuno resultó agradable y reparador.

Adelante se encuentra un monumento, un conjunto escultórico construido por la empresa desarrolladora del parque industrial anexo. Según una placa, las tres esculturas humanas simbolizan la unidad, la concordia y el respeto. El monumento es de 1989 y es símbolo del parque industrial Valle al Cielo. Extraño nombre, ya no saben qué inventar, pensé. El monumento está formado por tres figuras, dos hombres y una mujer y no supe interpretar cuál figura simboliza a cada una de las ideas o conceptos representados, tampoco el significado de una especie de red que sostiene la mujer con algo de ayuda desganada de uno de los señores. Seguramente tendrá mérito artístico esta obra, no es de primera, según el criterio personal, pero no pude resistir la tentación de hacer una fotografía, misma que se ve a continuación.

Monumento en zona industrial
en las goteras de Aguascalientes



Continué por una región conocida como la zona vitivinícola, donde varias empresas se dedican a cultivar las parras para elaborar vinos de diferentes tipos y calidades. De esa manera pasé por la Compañía Vitivinícola San Marcos, cuyo pórtico de entrada está, o más bien estuvo formado por dos arcos del estilo que se ve en el Jardín de San Marcos en Aguascalientes. Seguramente, por las obras de ampliación de la carretera, la pareja de pórticos quedó de forma extraña sobre al camellón de la carretera. La empresa tuvo que construir otro, ya en sus terrenos, pero en este caso es un solo pórtico de menor calidad y disminuido empaque al comparar con los dos originales. El encuentro con esta extraña estructura ameritó otra fotografía.

Antigua portada
de la Compañía Vitivinícola San Marcos



Finalmente, salí de los dominios de la ahora gran y extensa área de influencia de Aguascalientes, lo cual veía y no creía que me haya tomado más de tres horas desde que di el primer paso en la mañana. Después, lo que vi eran extensos campos de labor. Los caminos para tractores resultaron una ventaja mayúscula para no caminar por el acotamiento de la carretera; resultó casi placentero caminar, excepto cuando por descuido pasé por plantas espinosas que parecían estar predispuestas y apuntando directamente a mis tobillos, en ocasiones uno solo y, en otras, los dos a la vez en rápida y letal sucesión. Así, paso a paso, encontré un señalamiento indicándome que estaba en el kilómetro 27 de la carretera y al recordar que al pasar el libramiento un letrero establecía “Zacatecas 127 km”, me dije que me encontraba a cien kilómetros de mi destino, una cifra simbólica y muy significativa.

Cuando algo similar me ocurrió al hacer el camino de Santiago, hice siete vueltas al monumento que decía: “estás a 100 km de Santiago”, una por cada ciento de kilómetros recorridos, y arrojé el sombrero lo más alto que pude y pensé que había establecido un ritual antiguo, aunque fue realmente algo privado y efímero. En esa ocasión hice lo mismo, pero con ocho vueltas, ya que, calculé, desde casa llevaba ochocientos recorridos y en lugar de sombrero arrojé la gorra lo más alto que pude. Parece que tal acto no pasó desapercibido, pues un tráiler al pasar sonó su ronco y estridente claxon de forma repetida como uniéndose a mi festejo, o simplemente para alejar un poco la rutina de manejar grandes distancias en las carreteras interminables del norte del país. No pudo faltar la fotografía correspondiente, en la que aparece del lado derecho el tipo de camino que elegí para hacer la caminata.

Significativo tramo: a 100 km de Zacatecas



Enfrenté otra realidad con caminos interminables, un sol implacable y paisajes que parecen quedarse estacionados por largo tiempo, en ocasiones parece que retrocedo en lugar de avanzar. Pasé por una desviación que anuncia San Francisco de los Romo que debe tener su interés e historia, pero decidí seguir el camino, ya que llegar a Rincón de Romos se transformó de una meta a una obsesión, pues el tiempo avanzaba y el sol descendió sin poder ver algo que indicara si tal población se encontraba cerca o lejos.

Me di cuenta con alarma que la situación se volvía crítica, ya que mis piernas se resistían a seguir dando pasos y sentía el cuerpo como cuando es eminente un resfriado con escalofríos y confusión en el pensamiento. Pensaba que Rincón de

Romos estaría sobre la carretera, pero no, hay una desviación que decidí seguir; a poco de haberla tomado encontré un arco de rara hechura que ostentaba: “Bienvenidos a Rincón de Romos, tierra amiga y de oportunidades”. Y un poco más adelante una señal maltratada que avisa a los operadores de vehículos que faltan 10 kilómetros. Para este caminante fue como el aviso de un tormento por venir, es decir, por lo menos dos horas más de camino, y en las condiciones en que me encontraba, quizá más. A tal señalamiento alguien raspó la R de Romos y la cambió por una P, eso por lo menos resultó una tregua que me provocó risa, pero no muy duradera. Me dije que no había más remedio que caminar esos 10 kilómetros. En un paraje se me ocurrió descansar un poco, esperando que mis piernas se estabilizaran; lo que se veía como un prado seco, pero mullido, resultó un conjunto entramado de plantas espinosas con pequeñas esferas llenas de espinas menudas que se pegaron a mi ropa y pronto causaron mucho malestar en las partes desprotegidas de la piel. Me costó trabajo y valioso tiempo tratar de deshacerme de esas pequeñas pero tormentosas espinas y sólo logré deshacerme de un aproximado de 40%, tuve que seguir con esa carga molesta esperando que con el movimiento se fueran desprendiendo poco a poco.

Ya con el sol oculto, por fin llegué a las primeras casas del tan buscado pueblo o ciudad. Al ir caminando por lo que creí la calle principal, vi negocios de refaccionarias y talleres de reparación de vehículos automotores, uno seguido del otro. Así, caminando observé, colgado en un poste, un letrero pequeño y mal dispuesto con una flecha y la palabra hotel. En condiciones normales me doy tiempo de ver las condiciones y posibles ventajas y desventajas del prospecto hotel y si detecto algo raro prefiero buscar otra alternativa. Pero en este caso, tomando en cuenta las condiciones en que me encontraba, decidí tomar esta oportunidad, fuera lo que fuera. Y resultó ser un hotel de paso cercano a un mercado, en la recepción o lobby vi una estatua de yeso representando a Afrodita, adornada con plantas artificiales; me dije que estaba en mal lugar, pero ya ni modo. Pedí un cuarto y se presentó una dificultad adicional con las llaves que no abrían, tuve que discutir con la empleada que decía no poder abandonar su puesto, por fin logré que me diera otro cuarto cuya puerta sí pude abrir. Tuve que regresar con la mal encarada empleada porque no había toalla ni papel, para esto cerré la puerta, pues dejé mis cosas en el cuarto y la empleada se puso de uñas, dijo que no debí cerrarla, sino dejarla abierta, ya que la llave abre una sola vez. Incomprensible situación, además de incómoda, la empleada no estaba dispuesta a hacer nada, ante lo cual me molesté mucho. A manera de amenaza dijo que llamaría

a la policía. Viendo que estaba dispuesto a que se llamara a la policía, como amenazó la dama, finalmente se metió por una especie de sótano y abrió para luego aventar de fea manera la toalla y el papel, que por casualidad quedó arriba de la cama. Me dije que ya era suficiente por ese día, después de un baño de regadera me metí a la cama, así, sin merendar ni tomar agua, pues no dejó la encargada una botella y la verdad ya no quise ir a reclamar.

LA CONTINUACIÓN DEL CAMINO Y CÓMO SE AVANZA LO MÁS POSIBLE

Por el cansancio y las *muinas* descansé bien, me levanté no tan temprano como hubiera deseado, la encargada salió de su escondite como fantasma y presta me abrió la puerta hacia la calle, era evidente que se mostraba contenta de deshacerse de ese molesto inquilino, o sea yo, pero por mi parte también me sentí feliz de dejar tal lugar y recibir el saludo del aire fresco y la alborada que anunciaba el nuevo día. Considerando las dificultades pasadas para llegar a este lugar, decidí hacer un recorrido breve por su parte céntrica. Encontré una plaza amplia, pero sin chiste, cubierta de una plancha de concreto que seguramente tomó el lugar de un jardín que pudo ser agradable. En la cara sur un gran conjunto religioso formado por tres iglesias unidas en una sola. La parte principal se denomina el Templo de Nuestro Señor de las Angustias. Averigüé que se hace una fiesta patronal a la que asiste mucha gente, incluyendo paisanos que vienen del otro lado, y se hacen bailables, además de los imprescindibles palenque y corrida de toros.

La fotografía muestra lo agradable que es la arquitectura de este conjunto religioso donde destacan las cúpulas revestidas de cerámica amarilla. Y también se puede observar que el cielo se encuentra nublado, en contraste con el día anterior que estuvo despejado y con un sol radiante; este día sería así, nublado con algunas lluvias esporádicas. Después de visitar el recinto religioso que tiene un decorado convencional con algunas piezas artísticas de valor, vi que en la plaza había un puesto de tamales, atendido por una señora y un joven que le ayudaba. Con el hambre acumulada, consumí dos tamales de tamaño generoso, dispuestos en sus hojas, así como un atole de guayaba. La señora seguramente viendo las ganas que le echaba al asunto me ofreció de cortesía un *refill* de atole.

Templo de Nuestro Señor de las Angustias,
Rincón de Romos



La siguiente fotografía corresponde a la iglesia colocada al principio, o al final, dependiendo desde donde se vea, dedicada a San José. En este caso destaca el pórtico del atrio que muestra los restos de unas palmas seguramente colocadas el domingo pasado que fue de Ramos. La iglesia es de tamaño reducido, pero luce una torre con decorado profuso donde se usó atinadamente el estuco y la cantera. Para propósitos personales, me dije que era un buen lugar para declarar solemnemente la continuación de esta caminata que amenazaba con ser muy pesada. Mientras hice esto, me puse a pensar en el nombre del pueblo y me dije que en alguna ocasión leí que era originalmente una hacienda de un tal Pedro Rincón. Resulta que llegó un señor fuereño de nombre Agustín Romo y viendo las angustias económicas del señor Rincón y la buena calidad de la tierra de la región, le ofreció comprarle su propiedad para hacerla progresar. Quedaron de acuerdo y decidieron que el nombre del lugar reuniera sus apellidos quedando como Rincón de Romos. También hago memoria de que alguna vez la doctora Estela Ortiz Romo, que fue directora de la Facultad de Medicina en Toluca, amiga de Esperanza mi hermana, me comentó que es originaria de este lugar y su segundo apellido corresponde a los descendientes del señor Agustín Romo.

Me dije que la famosa empresa de Aguascalientes que fabrica muebles y otros implementos metálicos tiene relación con ese lugar a juzgar por su nombre: Industrias Romo. Por cierto, en alguna ocasión el dueño quiso ampliar sus instalaciones mediante

un edificio de buen tamaño, pero seguramente no contrató a un buen ingeniero, o a ninguno, ya que en la etapa constructiva se vino abajo una parte importante del edificio, muriendo algunos trabajadores de la construcción. Además, este señor se ha destacado como filántropo, construyó a un lado de su fábrica un parque al que llamó “Pequeña Disneylandia”, y está dedicado a los niños, quienes pueden entrar y disfrutar sin ningún pago.

Templo de San José, Rincón de Romos



Caminando más hacia el rumbo que debía seguir me encontré con una grata sorpresa al ver una plaza en forma, con agradables senderos, un quiosco con algo del estilo mudéjar en la parte central y, sobre todo, arreglos agradables ajardinados, incluyendo altas palmeras y árboles de diferentes especies. Me dije que fui muy rudo al juzgar la plaza anterior como una plancha de concreto sin chiste, pero ahora al ver tan agradable lugar devuelvo su mérito a Rincón de Romos. En particular me llamó la atención una banca, misma que se observa en la foto, la superficie

está hecha con pedazos de loza de diferente tipo y color, técnica que en España se llama *trencadiz*, que el gran arquitecto Antonio Gaudí llevó a alturas sublimes. Me di cuenta de que en Aguascalientes esta forma de construir tiene preferencia, pues en particular, en la Plaza de las Tres Centurias, incluida la antigua estación del ferrocarril de tantos y tan significativos recuerdos personales, también tienen bancas y pequeños monumentos con el *trencadiz*, aspecto que ya mereció comentarios en partes anteriores de este escrito.

Plaza de Rincón de Romos



No hay más remedio que continuar la caminata, seguí la calle principal que pronto se convirtió en parte del libramiento, así intuí que antes la carretera principal sí pasaba por Rincón de Romos, pero al crecer de forma tan desquiciante el tránsito carretero, construyeron este libramiento que disminuye el tiempo de recorrido y salva al pueblo del tránsito feroz. Me tomó más de una hora alcanzar el fin del libramiento y encontrar la carretera 45 con un tránsito de locura, menos mal que se encuentran veredas alternas para tractores que hacen la caminata casi placentera. Estaba consciente de que algunas partes de esas veredas formaron parte del antiguo camino de “Tierra Adentro” que en sus buenos tiempos, después de pasar por San Luis Potosí, Aguascalientes y Zacatecas, se internaba hacia el norte hasta llegar a Santa Fe, ahora perteneciente a Nuevo México, Estados Unidos. Es un tramo larguísimo que atraviesa parajes semidesérticos con algunos campos de labor regados con agua extraída del subsuelo a grandes profundidades, aspecto que resuelve, en parte, el problema de la alimentación, pero genera otros como el hundimiento del suelo al

perder el equilibrio de la presión del agua, lo que ha dado lugar, por ejemplo, a los asentamientos significativos en la ciudad de Aguascalientes, mismos que causan daños a las construcciones. Lo nublado del cielo resultó preocupante por las posibles lluvias, que en efecto se dejaron sentir, pero afortunadamente intermitentes y tuve la suerte de contar con lugares para protegerme mientras duraba el chaparrón.

Así, después de varias horas, llegué a un lugar llamado Cosío que parece ser el último de esta ruta en el estado de Aguascalientes. Es un pueblo relativamente pequeño, pero es cabecera municipal. Se sabe que los habitantes originales eran los huachichiles, palabra que quiere decir: “cara pintada de rojo”. Cuando llegaron los conquistadores expulsaron a los indios y con el tiempo fundaron haciendas, algunas de ellas muy grandes como la llamada San Jacinto que por un tiempo perteneció a los padres jesuitas hasta que fueron expulsados. La hacienda fue propiedad de diferentes personas adineradas, entre ellos Manuel Romero de Terreros, creador del Monte de Piedad. La hacienda se multiplicó en varios cascos menores como Natillas. Por la Revolución, y otras causas, las haciendas quedaron en el abandono, pero la de Natillas dio lugar a un pueblo que prosperó por estar cerca del camino real y después de la vía del ferrocarril. Resulta que este pueblo dependía de Rincón de Romos, pero lo que querían era un municipio independiente; para esto, un licenciado de nombre Luis Cosío les ayudó con las gestiones hasta que logró el propósito y de paso el municipio adoptó su nombre. La iglesia del lugar está dedicada a san Francisco; su construcción inició en 1930.

Templo de San Francisco, Cosío



Luego llegué a la plaza Juárez donde, en efecto, hay un busto del Benemérito, pero más bien modesto, lo que sí es más ostentoso es un techo en forma de arco que cubre una cancha deportiva de usos múltiples como se observa en la fotografía. Sentado en una banca hice un recuento de las condiciones de este caminante, estudié el mapa y observé que la ruta originalmente planeada por Luis Moya y Ojuelos hace un gran rodeo, lo cual me dio pavor, pues ya era más de medio día y apenas había avanzado unos 20 kilómetros; decidí seguir por la carretera nueva de cuota cuyo trazo se veía mucho más directo en el mapa. El clima mejoró, el cielo seguía nublado, pero ya con grandes claros y sin amenaza inminente de lluvia. Por lo tanto, decidí tomar veredas paralelas a esa carretera.

Plaza Juárez en Cosío



Caminando por dicha carretera llegué al límite de los estados de Aguascalientes y Zacatecas, según un letrero que se ve en la fotografía. Después de este, leí otro que decía: “Feliz viaje, regrese pronto a Aguascalientes”. Fue un momento muy significativo, pues representaba entrar o iniciar la caminata de la última de las entidades federativas que contando desde que salí de casa han sido seis: Estado de México, Michoacán, Guanajuato, Jalisco, Aguascalientes y Zacatecas. Pero había que recordar que pasé varias veces entre Michoacán y Guanajuato.

A estas alturas el clima había mejorado y mucho, ya casi sin nubes y prácticamente sin riesgo de lluvia, lo que no mejoró, sino empeoró, era el estado físico del caminante que volvió a sentir que cada paso era un triunfo. Estando en esas penalidades, pasé por un puesto ambulante, el encargado me llamaba insistentemente, y yo “como si la virgen me hablara”, me hice el desentendido, el señor insistió y me dijo con voz fuerte y acento lugareño: “échate un taco compadre, se ve que vas de manda”. Y sí que me fue bien, me ofreció tres tacos de cabeza de res bien surtidos y sabrosos. Mientras me alimentaba el comprensivo “compadre”, comentaba con su ayudante algo como “éste seguramente va de manda hasta Fresnillo”. Di las gracias y ya fortalecido seguí mi camino pensando que en efecto voy de manda, con dos grandes motivos, el primero ya antiguo de recorrer: la ruta familiar Toluca, San Juan de los Lagos, Aguascalientes y Zacatecas, y el segundo, más reciente, para pedir a mi manera por la salud del niño Karim.

Al seguir caminando llegué a un larguísimo terraplén de los que llaman de “tierra armada” consistente de placas de hormigón (concreto) armado que estructuralmente

trabajan en conjunto con el material del terraplén por medio de soleras metálicas que aportan resistencia por fricción. Y resulta que un tramo importante de este terraplén falló, la trabe de borde se flexionó de forma acusada y varias piezas colapsaron. Seguramente los encargados del camino ya tenían conocimiento de este percance, pero decidieron, espero que con buenos elementos o razones, permitir el paso de vehículos por la carretera superior, incluyendo vehículos muy pesados, como lo pude constatar. El terraplén servía para dar paso a una carretera transversal, cuyos señalamientos indican: al oriente Luis Moya, al poniente Cuauhtémoc. Al consultar el mapa, este último lugar aparece con otro nombre, por cierto muy curioso: San Pedro de la Peña Grande.

Triunfante entrada al Estado de Zacatecas



Falla estructural carretera 45, cerca de Cuauhtémoc



AL ENFRENTAR LA REALIDAD DECIDÍ, A COMO DIERA LUGAR, LLEGAR A ZACATECAS
ASUMIENDO UNA DEUDA DE MUCHOS PASOS EN EL CAMINO

Queriendo ser más valiente que prudente, seguí caminando por la ruta que traía, pero al llegar a un puesto de control dispuesto cerca de una isla de servicio, con un gran expendio de gasolina, de las nuevas, es decir, diferente a las usuales de Pemex, así como talleres y tiendas. Allí me enteré que para llegar a Zacatecas faltaban entre 35 y 40 kilómetros. Rápidamente hice mis cuentas: uno o dos días de camino. Ante la cruel realidad me dije que por esa vez haría trampa, o más bien, quedaría a deber dicha distancia para otra ocasión. Deshice varios kilómetros y me dirigí a Cuauhtémoc con la firme intención de tomar un transporte a Zacatecas. Me informaron que el transporte público se establecía en una placita a unas cuatro cuadas de la calle principal. Al llegar encontré un camioncito estacionado y vacío. El operador estaba descansando en una banca junto con un niño que, después me enteraría, le ayudaba como cobrador. Le expresé mi deseo o necesidad de viajar a Zacatecas. Después de auscultarme con la mirada y seguramente con el pensamiento, me dijo que la forma más rápida era tomar una camioneta que pasando por Codina (en honor, supongo, de Genaro Codina, autor de la Marcha de Zacatecas) llega a Guadalupe, ya cerca de Zacatecas. Me entusiasmó mucho su propuesta, y le pregunté si su camión hacía ese recorrido. Poco duró el gusto porque me informó que ese servicio lo hacían unas combis, pero no en Semana Santa. Después de pasar de la alegría a la desilusión, el señor abrió otra puerta, con displicencia me dijo que en media hora él, o sea su camión, saldría rumbo a Luis Moya y de ese lugar había corridas frecuentes a Zacatecas.

Me subí al camioncito y ocupé un lugar antes de que se arrepintiera. Llegado el momento el señor operador ocupó su lugar y al ver que su unidad ostentaba Transportes San Pedro, pregunté indiscretamente sobre el nombre del poblado, si San Pedro o Cuauhtémoc, ante lo cual dijo: “pues todos lo conocemos por San Pedro, pero los del ayuntamiento dicen que debe ser Cuauhtémoc...ya ve cómo es la autoridad”. Y para mis adentros me dije que en efecto las autoridades a veces toman decisiones extrañas, el último tlatoani mexica que se rindió a los conquistadores tras un trágico sitio a la gran Tenochtitlan, parece ser ajeno a estas tierras norteñas, en aquel entonces tanto uno como otro bando ignoraban la existencia de este lugar. Por cierto, este año, en agosto, se cumplieron 501 años de la caída de la gran Tenochtitlan.

Por fin, el camioncito arrancó y tomó camino, no levantó más que unos 50 kilómetros por hora, el operador y los pocos pasajeros no tenían prisa ni, aparentemente, preocupaciones, no me quedó más remedio que contagiarme de ese letargo. Por fin, llegamos, el operador tuvo la gentileza de bajarse de su vehículo para indicarme dónde exactamente tendría que esperar el autobús rumbo a Zacatecas. No tardó mucho en llegar un autobús de gran tamaño de la línea Estrella Blanca, ocupé uno de los pocos lugares disponibles y me dije: “ahora sí, hasta la tierra de mamá María y Esthercita”.

El autobús pasó rápidamente por Ojuelos y luego tomó varios pasos a desnivel, pasó por Guadalupe y llegó a la Central de Autobuses que se encuentra en lo alto de una colina cerca del Cerro del Grillo. Nadie me supo decir cómo llegar al centro, “tome un taxi”, me aconsejaban.

Por instinto me dije que debía descender, tomé una calle de una colonia de gente pudiente, pasé por el inmueble del Colegio de Ingenieros Civiles, obviamente cerrado, y llegué a un parque muy grande. En la inmensa puerta estaba un señor vendiendo cocos, le pregunté cómo llegar al centro y me dijo: “siga derecho y verá un puente peatonal, crúcelo conservando siempre la izquierda y lo llevará a la calle del Acueducto y de allí ya no hay pierde, todo derecho hasta el mero centro”. El puente peatonal está muy largo, pues sirve para cruzar varias carreteras y calles, así como múltiples vías del ferrocarril, por lo tanto, dicho puente tiene varios ramales, con razón el señor de los cocos enfatizó que siempre debería conservar el lado izquierdo. En efecto, el puente peatonal me llevó a una avenida en curva y luego a la calle que lleva por nombre Acueducto. Bajando y bajando llegué a lo que queda del Acueducto con sus arcos principales de gran altura y belleza, y enseguida la antigua plaza de toros convertida ahora en hotel de lujo. Unas diez cuadras más y llegué a la catedral. Me detuve ante su vistosa y afamada fachada barroca, en particular, frente al nicho que guarda la escultura del Apóstol Santiago; allí con el mayor respeto y convicción declaré mi agradecimiento y peticiones.

Recuerdo que hace muchos años, al hacer el Camino de Santiago, al llegar a Pamplona me planté frente a una efigie del Apóstol en un portal de la Iglesia de San Saturnino de Toulouse. En Pamplona la escultura era, o es, muy antigua, del siglo x, y en su origen fue de piedra policromada; aquellos primitivos colores desaparecieron. En cambio, aquí, en Zacatecas, la escultura es mucho más reciente, del siglo xvii y hecha con cantera rosa que es característica de la ciudad. Como se ve en la foto, la escultura del apóstol perdió una mano, que según la tradición debió portar una

espada como símbolo del tormento que sufrió por declararse seguidor de Cristo, lo decapitaron por órdenes de Herodes. Pero eso sí, antes cumplió con su cometido u orden del mismo Jesús, de ir y evangelizar lo que hoy es España.

El Apóstol Santiago
en la fachada de la Catedral de Zacatecas



FINALMENTE EN LA TAN AÑORADA Y SIGNIFICATIVA CIUDAD DE ZACATECAS

Ya en el lugar de destino, después de muchos kilómetros de camino, dediqué un tiempo a vagar sin rumbo por calles y callejones de tan representativo lugar. No era tiempo todavía de dejar entrar a la mente los recuerdos y añoranzas, solamente dejé que la ciudad con sus monumentos de cantera atraparan al caminante y se volvieran parte del singular urbanismo con su arquitectura colonial. Que los pasos recorrieran esas calles y banquetas empedradas. Imaginar que siempre había estado allí inamovible; no vi a la gente a pesar de ser mucha, tampoco a los carros vestidos de tranvía llenos

de turistas y ahora una nueva modalidad, vochos convertidos en raros carruajes descapotados con el mismo fin de entretener a los visitantes, pero con la variante de llevarlos a enterarse de leyendas y cuentos de terror que algo tendrían de verdad. Me endurecí y me volví piedra, creí quedarme como parte de tantos edificios, hasta que el hambre y el cansancio me sacaron de esa divagación y cuando redescubrí mi realidad me vi otra vez frente a la catedral, como si tanto caminar por calles y muchos lugares de Zacatecas no hubiera ocurrido.

Vi a un grupo de jóvenes uniformados con un brazalete que decía: “Ayuda al visitante”, me acerqué y pregunté por un hotel cercano y barato. Se pusieron a discutir entre ellos y salieron varias propuestas, así como salieron se desecharon, ya sea por no ser suficientemente baratos o por no estar cerca, hasta que el joven que parecía ser el líder del grupo dijo sin atender a los demás: “baje aquí a la siguiente calle, luego siga a la derecha por dos cuadras y en la calle que encuentre suba y a media cuadra encontrará uno bueno, bonito y barato, y, por si las dudas, en seguida otro, pero no tan barato”. Así lo hice, seguí las instrucciones que resultaron ser precisas y llegué a un hostel con el curioso nombre de Cielito de María que ocupa una casona antigua. Es de tipo comunal como los que se estilan en España y otros países de Europa, por no dejar pregunté en el otro hotel que refirió el joven uniformado, pero al enterarme de lo que costaba, me hizo regresar al Cielito, convenciéndome que de todos modos esto era lo que buscaba.

Resultó una muy buena decisión; el edificio es bello, los cuartos grandes con literas dispuestas en dos niveles, la encargada simplemente me dijo: “escoja una cama de las que están disponibles, los baños están en la planta baja”. Me acomodé en una litera baja, mi próximo vecino parecía coreano, por cortesía le saludé y de inmediato dijo con fuerte acento: “no hablar español”. Bajé a la zona comunal y me preparé un café y luego me dije dispuesto a dar otro paseo por Zacatecas, pero éste sería muy diferente, pues ingresé a la catedral donde iniciaba la celebración de una misa solemne por el Jueves Santo. Cuatro ministros celebraron con gran boato, hicieron recuerdo de la Última Cena como fundamento de la religión católica. Como parte de la celebración llevaron por todos los pasillos al Santísimo. Por mi cuenta traté de seguir lo mejor que pude el acto pensando en mi gente y en particular deseando que, de alguna manera, la santidad le pudiera ayudar al niño Karim que lucha contra la leucemia que el solo nombre impacta y atemoriza. Al salir, caminé hacia arriba por el rumbo del antiguo convento de San Francisco hasta encontrar un negocio donde

preparan antojitos típicos de Zacatecas, lugar que conocimos en una ocasión gracias a Diego Miramontes y su esposa Paty. Una vez alimentado cuerpo y espíritu regresé al hostel, me di un baño de regadera y me sentí listo para ir a la cama.

DEL INICIO DEL RITUAL PERSONAL QUE ME TRAJÓ HASTA ZACATECAS

Mis compañeros de cuarto se trasnocharon y no se dieron cuenta de que me levanté temprano. Me di el baño de rutina y de rigor, acomodé mis cosas, me preparé un café en la zona comunal y salí a la calle. Por principio me presenté precisamente atrás de la catedral sabiendo que allí inicia una calzada empedrada que lleva hasta la cúspide del Cerro de la Bufa. Mi madre Esthercita comentaba que era uno de sus paseos favoritos, subía con sus amigas y en otras ocasiones con mamá María. En aquellos tiempos la calzada era estrecha y serpenteante, hoy es ancha y está bien acondicionada, se le ha dado el carácter o fisonomía de un Vía Crucis, con una cruz de concreto que aparenta ser cantera. Se puede ver un ejemplo en la fotografía que representa la X Estación. La primera se encuentra muy adornada con plantas que lucen flores de diferentes clases, así como un lienzo blanco que seguramente cambian a diario. Este Vía Crucis de Zacatecas resulta hoy muy apropiado por ser Viernes Santo, de hecho, desde temprano se ven grupos nutridos de fieles que se detienen en cada estación para hacer sus lecturas de oraciones y practicar sus rezos.

Calzada al Cerro de la Bufa



Al seguir el ascenso, me presenté frente al Santuario de la Virgen del Patrocinio que se encontraba cerrado. Mediante una fotografía traté de captar su fachada que siendo sencilla tiene belleza, el conjunto es armónico con sus arcos de peregrinos a los lados y su único campanario, más bien bajo, pero engalanado con adornos y molduras de estuco. Cuando hice el escrito *Heroínas de la batalla de Zacatecas*, aludí a las madres que sufrieron más que nadie en la batalla de la toma de Zacatecas, en particular pensando en mamá María y Esthercita que nació el 31 de mayo de 1914, unos días antes de la famosa batalla. Por los relatos de mamá María me enteré que los defensores del sitio se hicieron fuertes en el cerro, y ante el avance de las tropas de Villa se quisieron proteger bajo el manto de la Virgen en su Santuario, pero de nada les valió, fueron, sin remedio, acribillados ahí mismo.

**Templo de la Virgen del Patrocinio
en el Cerro de la Bufa**



Seguí mi camino hasta la explanada de la cima dedicada a los héroes de la toma de Zacatecas, los generales Felipe Ángeles, Pancho Villa y Pánfilo Natera. Por mi parte, hice una fotografía solamente de la escultura ecuestre del general Ángeles que goza de mi especial admiración, pues fue una persona culta y de ideas sociales, estudió artillería en la escuela militar de París, en donde se educó el mismo Napoleón I. Fue director del Colegio Militar en la Ciudad de México —por cierto, en este colegio hizo sus estudios mi hermano Fernando, precisamente en la especialidad de artillería—. Repudió el golpe de estado de Huerta y se unió a las fuerzas de Pancho Villa pensando en que sus propósitos eran de beneficio para el pueblo. Fue el creador de la estrategia para vencer en Zacatecas donde se habían concentrado las fuerzas de Huerta que al perder la batalla significó el fin de su dictadura. Después el general Ángeles moriría fusilado en un juicio raro y amañado. Hay una obra teatral sobre ese episodio de la historia de México, en la que se da énfasis a la defensa de su causa a cargo del mismo general Ángeles.

Escultura ecuestre del general Felipe Ángeles



Ya estando en lo alto visité y observé los lugares que eran frecuentados por Esthercita y sus amigas, en particular el Crestón donde ahora se encuentra la Rotonda de los Hombres Ilustres de Zacatecas donde predominan generales y políticos, excepción importante es la de Genaro Codina, músico a quien se debe la famosa Marcha de Zacatecas, solamente pude percatarme de la mención de una maestra cuyo nombre no registré.

Desde lo alto pude hacer varias fotografías, en particular me agradó el resultado de una panorámica tomada con la lente de acercamiento de la cámara, donde aparece como objetivo principal parte del acueducto y la antigua plaza de toros convertida ahora en hotel, también hice una foto del mausoleo donde ya quedaron muy apretados los hombres ilustres de Zacatecas. Y finalmente, una panorámica del santuario; al fondo del mismo se ve la cúpula colorada del antiguo observatorio que fue orgullo y símbolo de modernidad de Zacatecas en el año en que se conmemoró el primer centenario del inicio de la lucha por la Independencia. Ahora el observatorio se ve abandonado y con pintas, pero cuando hacía sus excursiones Esthercita, estaba en plena operación y nos comentaba mi madre que se hizo visitante frecuente, al grado de que el encargado la dejaba hacer observaciones con el telescopio, así como registros de la velocidad del viento, por ejemplo.

Se anexa fotografía tomada en una visita anterior, en junio de 2016. En esta ocasión debí hacer una en el mismo ángulo como evidencia del daño que ha sufrido en pocos años; en ausencia de tal fotografía sirva el testimonio que mis ojos vieron:

las puertas oxidadas y llenas de pintas, las partes bajas de muros y escalera, además de las pintas sin ton ni son, mutiladas, aparentemente a base de martillazos y la cúpula abollada por piedras arrojadas al propósito. Un desastre total. No me atreví a hacer tal fotografía por una especie de lástima, o no sé qué sentimiento de impotencia. Lo que parece cierto es que, por alguna causa, abandonaron al Observatorio a su suerte que resultó poco menos que fatal.

**Parte de la ciudad de Zacatecas
desde el Cerro de la Bufa**



**La Rotonda de los Hombres Ilustres
al pie del Crestón del Cerro de la Bufa**



**El santuario de Nuestra Señora del Patrocinio
y al fondo el Observatorio**



Acercamiento del Observatorio



DE REGRESO A LA CIUDAD, VISITAR LO MÁS POSIBLE
Y CORRER A TOMAR EL TRANSPORTE DE REGRESO

Después de recrear recuerdos en este agradable paseo por el Cerro de la Bufa, acompañado de mi querida madre Esthercita en su niñez, decidí regresar a la ciudad usando la misma vereda empedrada, ya con el sol algo alto. Al llegar a las inmediaciones de la catedral se me ocurrió que merecía un desayuno en forma y para ello escogí el cercano restorán llamado Acrópolis. Me asignaron una mesa junto a una ventana que da a la calle y se me presentó de forma viva y clara la ocasión que estuve aquí con la familia, mis hijos eran unos niños pequeños; en aquella ocasión tuvimos una merienda como preparativo para un largo viaje en automóvil hasta Ciudad Juárez en la frontera, pasando por Torreón, Delicias, cruzando el temible desierto de Chihuahua. Fue un viaje nocturno, pesadísimo, recuerdo que cuando salió el sol bajamos a estirar las piernas y a hacer algunas necesidades fisiológicas, después de pasar la frontera con ciertas dificultades pasamos la noche en El Paso y al otro día llegamos a Taos para visitar a Rosa. En esta ocasión me encontré solo queriendo ver junto a mí a la familia. Para desayunar pedí unos huevos revueltos con “guisado de boda” que es típico de Zacatecas. En todas las bodas se servía este guiso, y según entiendo se ha retomado la costumbre.

Volviendo al desayuno, de tomar pedí un jugo verde, el mesero me convenció diciendo que era “para reponer fuerzas”; no sé en qué condiciones me vio. Algo que me agradó bastante fue el pan para acompañar el platillo, bolillos de tamaño reducido doraditos y de buen sabor. Después del desayuno me puse a repasar las pinturas que existen en el lugar, cubriendo casi todos los muros, viendo el mesero que me llamó mucho la atención esta colección, me obsequió un folleto o catálogo que explica que el primer dueño del negocio, de origen libanés, tenía la debilidad de coleccionar obras de arte, en ocasiones los autores dejaban sus obras como prenda de los consumos de comida que hacían en el lugar. Realmente es una colección impresionante donde puede uno admirar la obra no sólo de los artistas zacatecanos famosos, como Felguérez, sino también de otros lugares de México y el extranjero, por ejemplo, se ven cuadros de Picasso.

En seguida, me dediqué a dar continuidad a los ritos para revivir el pasado, que por cierto me trajeron aquí. Primero visité lo que fue el mercado, ahora convertido en tiendas de diversos giros de cierta exclusividad para los visitantes adinerados. El

mercado, así como otras obras públicas, fue inaugurado en 1910 por el presidente Porfirio Díaz como parte de los festejos del primer centenario de la Independencia. La abuela, mamá María, nos comentaba con sobrado y justificable orgullo, que fue invitada a la recepción que esa noche se hizo en honor del presidente en el Teatro Calderón, donde pudo lucir sus mejores galas. Caminando unas cuadras más, llegué a la bifurcación de calles que en los tiempos de la niñez de mi madre se llamaban la calle de Arriba y la calle de Abajo, por lógica como se puede apreciar en la fotografía. Resulta que en la calle de Arriba sigue estando la casa donde nació mi madre Esthercita. Aquí debo decir que para muchos la Revolución fue algo que se nos recuerda solamente con las figuras ya casi olvidadas de Zapata y Villa. Pero en mi caso resulta un acontecimiento vital. Ya mencioné que mi madre nació el 31 de mayo de 1914, la batalla llamada “La toma de Zacatecas” ocurrió el 23 de junio de ese mismo año; mi madre era una bebé de brazos. Resulta que los defensores de la plaza hicieron fuerte en el cerro de la Bufa y el general Ángeles colocó su artillería en el rumbo de la estación, por lo que el fuego de ambos bandos pasaba por encima de la ciudad, no fueron pocos los impactos sobre edificios y casas de la ciudad; la vida de la gente común estuvo pendida de un hilo, muchos no sobrevivieron. Por eso digo que la vida de la abuela y mi madre estuvieron en grave riesgo, el que hayan sobrevivido es mérito de la abuela, y pienso que de esta manera mis hermanos y yo tuvimos nuestra oportunidad.

Las antiguas calles de Arriba y de Abajo



Siguiendo por la calle de Arriba, pronto encontré lo que fue el Callejón de Tenorio, en la esquina se ubica la casa donde nació mi madre Esthercita. Es una casona antigua que en la actualidad es ocupada al frente por dos negocios, una óptica y un laboratorio de análisis clínicos. El interior es ocupado por oficinas de varios tipos, pero en 1914 el frente estaba ocupado por una panadería, propiedad de un tío de mamá María y el interior formaba varias viviendas, dos de ellas con patio interior, cuyos barandales altos de herrería sostenían macetas con varias clases de flores, la vivienda principal era de la familia del padre de mi abuela que fue coronel del ejército y la siguiente donde vivía la abuela y su bebé. Mamá María solía referirnos que varias personas recurrían a ella para pedirle que saliera de la ciudad, que las cosas se pondrían muy feas, le decían. “Pero yo les contestaba que peor me iría en esos trenes atiborrados y que me contagiaría de tifo por los piojos de tanta gente”, nos decía. “En lo más encarnizado de la batalla, unas almas caritativas se acercaron para llevarme algo para comer y beber y me dijeron que pusiera a la niña en un pequeño sótano protegido por gruesos muros. No había qué comer, pues todos los alimentos fueron incautados para alimentar a las tropas de ambos bandos y esto duró varios meses desde que Natera se emancipó, pero fue rechazado. Toda la gente rogábamos porque algún bando, cualquiera que fuera, venciera y vinieran para la gente tiempos mejores, o por lo menos establecieran una tregua”. Estando allí, recordando aquellas penurias y la bendición de que salieran con vida, aproveché que pasaban dos muchachas y a una de ellas le pedí que me tomara una foto, misma que se muestra a continuación. Incluyo otra de una visita anterior donde, también en este caso, luce mejor el edificio.

La casa donde nació Esthercita
el 31 de mayo de 1914



La fachada de la casa con su elegante balcón



Después de visitar tan representativo inmueble, estuve indeciso de si llorar o dejar entrar la alegría de ver cumplida la meta de llegar a pie a este lugar desde la casa en Toluca; me decidí por esto último y como el clima mejoró considerablemente, aproveché el tiempo visitando otros lugares, relacionados con lo que le gustaba y prefería Esthercita. Los pasos me llevaron a la Plaza de la Paz donde hay un monumento de una esbelta columna que sostiene una escultura de buena hechura que representa la Paz, data de 1910 como parte de la conmemoración del primer centenario del inicio de la Guerra de Independencia, y resulta irónico exaltar a la paz mientras que poco tiempo después la ciudad se vería inmersa en la más cruenta batalla de la Revolución.

Después visité el predio donde estuvieron las instalaciones para el beneficio del material de las minas con los hornos donde se hacía el proceso final, ahora está convertido en una plaza comercial, solamente se conservaron los altos chacuacos como elementos decorativos que ahora parecen salir de unas fuentes que están descuidadas. Mi madre comentaba que, en su niñez, al iniciar la noche, le gustaba ver las hileras de luces de los mineros que, formados como una línea de luceros, entraban o salían de su turno de trabajo. Después cambié diametralmente de rumbo para subir a donde se encuentra el Museo Zacatecano que antaño fue el Arzobispado y donde tuvo lugar, según entiendo, el bautizo de mi madre. Un recuerdo más próximo es cuando en 2016 se presentó en el patio de ese inmueble el libro *Retomando Zacatecas*. Además, uno de los capítulos de ese libro denominado “Heroínas de la batalla de Zacatecas”,

lo escribí con base en los relatos que nos hacía mamá María de lo que vivió y sufrió en esa, que fue la batalla más importante de la Revolución Mexicana.

Museo Zacatecano



A relativamente poca distancia encontré el templo de Santo Domingo y el anexo museo “Pedro Coronel” que hemos visitado varias veces, pero por esta ocasión cerrado. En una de esas visitas cuando mis hijos eran niños, Chacho se recargó en una mampara que exhibía parte de la impresionante colección de máscaras de todo el mundo que seleccionó el artista Pedro Coronel, el caso es que la mampara se vino abajo con gran estrépito, por un momento pensé que seríamos conducidos ante el Ministerio Público, o expulsados de la ciudad por indeseables. Pero no sucedió nada, posiblemente porque nos hicimos desentendidos como si hubiera sido obra del viento o de algún fantasma de los que suelen habitar los edificios antiguos.

Como se puede apreciar en la fotografía, el conjunto arquitectónico que forma el templo y el museo es agradable y representativo de la ciudad. En particular, me resultó atractiva la escalera de dos rampas contrapuestas que en medio forman un rellano o terraza que da acceso a la entrada principal del templo, en la parte baja de la terraza se acondicionó una pequeña, pero atractiva fuente adornada con molduras de cantera. En resumen, es un bonito espacio urbano, pero se podría mejorar y mucho. Si estuviera en mis manos eliminaría las vialidades para vehículos y, aprovechando el perímetro que forman los edificios, haría una plaza bien diseñada con algunos árboles y mobiliario urbano para que la gente disfrutara de tan elegante y singular lugar. La plaza serviría también para exposición de obras de estudiantes o aficionados al arte

y las artesanías. En otros tiempos recomendaría un quiosco para venta de tarjetas postales, pero parece que eso ya es cosa de la historia, lo de hoy son las fotografías donde la persona o personas son al mismo tiempo los fotógrafos y parte del escenario, a eso han dado en llamar *selfis*.

Templo de Santo Domingo y Museo “Pedro Coronel”



Caminé hacia el noroeste hasta dar con otro edificio muy emblemático que es el de la Escuela Normal. El edificio ya no es el mismo, es más moderno, pero en esta institución hizo sus estudios mi madre Esthercita. En un álbum familiar encuadrado en tablas de madera donde se incluyeron bonitas viñetas y figuras con pirograbado, se conserva una fotografía de Esthercita en el campo deportivo de dicha escuela, donde luce un singular uniforme deportivo con pantalones de algodón bombachos y en las manos porta un bate, pues le gustaba y formaba parte del equipo de béisbol, o más propiamente de sóftbol. El edificio actual tiene fisonomía moderna y seguramente fue construido con concreto armado, en la parte frontal luce un vitral con el escudo de la institución que parece contener el casco de Minerva engalanado con guirnaldas, mientras que el escudo propiamente dicho tiene un arreglo donde se ve un campo próspero, un libro y una antorcha y abajo un listón con el lema “La Voz de la Patria es el Maestro”, del cual personalmente estoy convencido de su validez y combina muy bien con un libro que escribió mi padre que intituló *Maestro, luz de México*. No falta decirlo, pero provengo de una familia dedicada a la educación, mis padres fueron maestros; dos hermanas, Rosamaría y Esperanza, y dos hermanos, Pedro y Ricardo,

siguieron la carrera magisterial, y el resto, Fernando, Julieta, Francisco, Eloísa y yo, seguimos diferentes carreras, pero parte del tiempo, o mucho tiempo, nos dedicamos a labores de enseñanza. De tal manera que a nivel familiar cubrimos todos los niveles de la educación, desde el preescolar al posgrado.

Al hacer el trayecto recorrí parte de varias calles y callejones típicos de la ciudad; se ha logrado un conjunto armónico, aunque irregular, en particular me llama la atención el empedrado de las calles y las banquetas, diferente en cada caso, pero igualmente atractivo, recuerda algunas ciudades o pueblos de Europa, pero en este caso tiene su propio estilo, por el material y por las manos que lograron y mantienen esta maravilla. En particular, fue agradable descansar un rato en el Jardín de la Madre, muy apropiado para las condiciones en que me encontraba, así como en la Alameda que lleva el nombre de “Trinidad García de la Cadena”, lugar también especial, ya que era uno de los paseos preferidos de mi madre, quien nos relataba que desde ese punto veía a los obreros de la mina Del Edén, entrando o saliendo de su jornada de trabajo que seguramente era fatigosa y riesgosa.

Escuela Normal donde estudió Esthercita



Vitral con Escudo de la Normal



Los pasos me condujeron de forma natural y automática al antiguo monasterio de San Francisco, convertido ahora en un complejo cultural donde destaca el Museo “Rafael Coronel”. Al principio pensé que sería una visita solamente por el exterior, pero a las 11 de la mañana abrieron y aunque no contaba con mucho tiempo decidí ingresar. El antiguo templo, cuya cúpula en algún tiempo colapsó, y así se ha dejado para la realización de actos culturales, lo encontré cerrado, pero en lo que fue el patio del claustro pude observar y apreciar algunas de las esculturas del artista Coronel, que tenía predilección por representar una especie de magos druidas, barbados y con un descomunal sombrero de pico, sin faltar su varita mágica, que sí funciona, digo yo, ya que la maravilla del conjunto religioso a lo mejor nunca existió y estos magos lo vuelven realidad para habitar en él. No todo el museo se encontraba accesible, pero me entretuve un buen tiempo en las salas que tienen la colección de títeres de Rosete Aranda, así como algunas salas que contienen piezas prehispánicas de diferentes culturas. En particular, me llamaron mucho la atención los títeres, ya que los tienen bien arreglados dentro de unas vitrinas, como si estuvieran dispuestos a iniciar una

función. Así, pude ver escenas de circo, de corridas de toros y otras actividades. También me llamó la atención el títere que representa al maestro, caracterizado con sombrero, largo abrigo y zapatos puntiagudos, sería así en el siglo pasado; ahora los maestros, por lo general, nos presentamos con ropa informal, como la de todo mundo.

Respecto de las siguientes fotografías, la primera corresponde a lo que ve uno una vez pasada la puerta donde se paga la entrada, se hace patente la depurada arquitectura que tuvo el inmueble en lo que parece una transición entre el barroco y el neoclásico, el portal de peregrinos o capilla abierta delata los preceptos constructivos de los franciscanos. La segunda fotografía muestra lo que queda del patio interior del claustro con los magos druidas en plena acción.

Antiguo templo y monasterio de San Francisco



Antiguo claustro



Después de varias horas de estar de un lado a otro, antes de salir de San Francisco me refugié a la sombra de un árbol de pirú y con la vista de tan magnífico inmueble, me puse a hacer un rápido balance de esta empresa que inicié a la puerta de casa el 26 de marzo de 2013, es decir, un poco más de ocho años. La expectativa inicial era llegar a San Juan de los Lagos para recrear los recuerdos del abuelo Pedro de Alba que dejó plasmados en su libro *Viaje al pasado*. Pero después de dejar pasar el tiempo, o más bien, siendo presa del tiempo que no para, me dije que debería completar la ruta que se encuentra llena de recuerdos; algunos de ellos me pertenecen de forma directa, y me dije y me sentí capaz de seguir “tierra adentro” pasando por Aguascalientes, mi tierra, y llegar a este lugar, la ciudad de Zacatecas que guarda, de todo ese cúmulo de recuerdos, los más significativos y determinantes. Y allí, en ese lugar tan bello, me felicité, pues resultó una experiencia valiosa en mi vida, es cierto, dejé de dedicar tiempo a otros menesteres como la investigación y la publicación de trabajos académicos, pero ante el remordimiento que empezaba a asomar me dije que

la vida es una y además transcurre, a veces, demasiado rápido. Fue tiempo y ánimo bien invertido.

De repente me envolvió una neblina individual de paz y tranquilidad. Toda mi vida pasó como película ante mis ojos, creo que hasta dormité un rato. La experiencia en el Camino de Santiago también resultó muy especial, aquella ocasión una de mis metas era pedir por mi madre que atravesaba por momentos difíciles, al final creo que mis ruegos y peticiones fueron escuchados, pues antes de partir tuvo momentos de tranquilidad, resignación y, pienso yo, orgullo por haber dado amor sin medida, no sólo a sus hijos, sino a sus nietos y nietas, y de paso a mucha gente sin parentesco. Aquí volví a hacer mis peticiones y como ha sido en todos estos días, la percibí contenta a mi lado, me comentó cosas de su vida y me hizo viajar en el tiempo, tanto al pasado como al futuro.

Fachada de San Francisco



AHORA SÍ, PENSAR EN SERIO EN EL REGRESO,
PERO APROVECHAR LO QUE ENCUENTRE EN EL TRAYECTO

Después de tan agradable experiencia, me dispuse a regresar a paso lento hacia el centro, ya era prácticamente la despedida que hacía formalmente en la catedral. Realicé una visita rápida al Teatro “Fernando Calderón” que solamente se encontraba abierto en su estrecho vestíbulo de entrada donde un joven se encargaba de vender revistas y publicaciones culturales, principalmente ediciones de la Universidad Autónoma de

Zacatecas. Entre los libros vi que estaba a la venta *Retomando Zacatecas*; uno de sus capítulos, como ya lo he mencionado varias veces, se refiere a mi abuela y a mi madre como heroínas de la batalla de Zacatecas.

Poco más adelante pasé por los portales donde estaban montados varios puestos de artesanías y dulces, supuse que se trataba de un programa de ayuda del gobierno a los pequeños productores, me dije que era una magnífica oportunidad para comprar algún recuerdo y unos dulces para no llegar a casa con las manos vacías. Hice una escala en un changarro donde vendían burritos y con eso me sentí reconfortado. Al ver que el tiempo avanzaba me dije que era hora de tomar camino hacia la central de autobuses. Pero antes pasé por un lugar donde vendían aguas frascas, pedí una de frutas de tamaño mediano que resultó de todas formas muy grande, caminé un poco hacia arriba hasta encontrar el monumento al general Jesús González Ortega y en particular al parque denominado Sierra de Alica, no pude indagar el significado del extraño nombre, pero resultó un lugar apropiado para consumir el agua fresca y tomar un último receso antes de emprender definitivamente el retorno. En ese parque pasé un rato agradable viendo a los niños jugando y varias familias en pleno momento de distracción. Las siguientes fotografías, tanto del monumento como del parque, corresponden a una visita anterior realizada en 2016 con motivo de la presentación del libro ya comentado.

**Escultura ecuestre del general
Jesús González Ortega**



Parque Sierra de Alica



Definitivamente llegó la hora de regresar, tomé la avenida Acueducto y siempre en ascenso me desvié un poco para gozar de agradable arquitectura dedicada a la Virgen de Guadalupe. No confundir con el poblado de Guadalupe que guarda como museo el antiguo monasterio del mismo nombre. El lugar al que me refiero se encuentra en un lugar alto, constreñido entre dos calles y donde se reconocen actos milagrosos. Seguí mi camino y recordando el trayecto del día anterior, tomé otra vez el larguísimo puente peatonal que cruza el racimo de vías férreas y llegué al parque. El señor que vendía cocos estaba afanado recogiendo su puesto. Subí por las calles del fraccionamiento, con algunos desvíos llegué a la parte alta donde se encuentra la central de autobuses. Antes de despedirme de Zacatecas hice una fotografía desde ese punto usando la lente de acercamiento, la imagen que quería llevar era la del cerro de la Bufa que desde ahí se veía lejano, pero tengo la mente en los recientes recuerdos de este día cuando subí a la cima; es patente y alarmante ver cómo las construcciones invaden cada vez más alto las laderas del cerro. En ese momento declaré cerrado el capítulo de Zacatecas. No sin antes recalcar que esas horas fueron divididas en dos días, y resultaron una experiencia muy gratificante y memorable. Sé que no podía quedarme, aunque tenía posibilidades, mejor, así me dije, me sentí como un colibrí que llegó y libó de una flor, pero no se atrevió a llevarse el néctar o algo, salvo unos recuerdos. Quede Zacatecas como el santuario familiar que es.

**Templo de Nuestra
Señora de Guadalupe en Zacatecas**



**Cerro de la Bufa
desde las proximidades de la Central de Autobuses**



En fin, abordé un inmenso autobús que venía desde Sinaloa de paso hacia la Ciudad de México, el trayecto a Aguascalientes tomó una hora y media, lo que a mí me tomó dos días y eso que quedé a deber unos kilómetros. Llegué con buen tiempo para abordar otro autobús nocturno con destino a Toluca, con paradas en León y Atlacomulco. Un viaje que resultó bastante pesado. En los asientos contiguos venían una joven y su mamá, así como en otro asiento, una dama que dijo ser árbitro profesional de futbol, la muchacha luego se durmió o intentó dormir porque se movía de un lado a otro y bajaba y subía repetidamente el respaldo del asiento. Como la plática de las señoras era en voz alta, me enteré que la muchacha es futbolista profesional y milita en el equipo femenino del Necaxa de Aguascalientes. El equipo varonil, por muchos años, compitió en la Ciudad de México; sus orígenes se remontan a la iniciativa de los trabajadores de la planta hidroeléctrica de Necaxa para formar un equipo de futbol soccer que con los años se hizo profesional y tuvo sus momentos de triunfo. El caso es que me enteré que las jugadoras tienen que viajar en autobús y con gastos limitados, en contraposición de lo que ocurre con los equipos varoniles que viajan en aeroplano con buenos viáticos. La señora que se gana la vida como árbitro también se quejó, dijo que no podía vivir solamente de esa actividad. Las señoras concluyeron, o más bien yo concluí, que las cosas se ponían difíciles cuando se tiene que jugar en lugares lejanos como en Tijuana, por los viajes tan largos. El caso es que de madrugada llegamos por fin a Toluca y yo emprendí el regreso a pie a casa con la idea de que la deuda de kilómetros se redujera con las caminatas entre terminales y dentro de las ciudades que se visitaron. Así se da por concluida la caminata denominada ultra sanjuanera, esperando que algún día se pueda publicar como el libro *El relato sanjuanero*.

APÉNDICE

DOS INSTITUTOS PARALELOS

HORACIO RAMÍREZ DE ALBA
Cronista de la Facultad de Ingeniería

INTRODUCCIÓN

El maestro Inocente Peñaloza García (2016) informa que de 1826 a 1875 se establecieron institutos literarios en 25 entidades del país que después se transformarían en universidades. Explica que, en su momento, la autoridad competente optó por el nombre de “Instituto” y no “Universidad” para evitar la comparación con la Real y Pontificia Universidad de México, juzgada entonces como decadente y en proceso de extinción. Curioso resulta ver que aquello que no se quería terminó por prevalecer, pues todos esos iniciales institutos son ahora universidades.

En este escrito se presentan reflexiones sobre dos de esas instituciones: el Instituto Científico y Literario del Estado de México y el Instituto Científico y Literario de Aguascalientes. Lo que mueve a este propósito son razones de compartir y divulgar información, pero también emotivas, casi sentimentales. El Dr. Pedro de Alba estudió la preparatoria en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes que adoptó este nombre en 1885 y el que esto escribe, nieto del primero, estudió la preparatoria y la Licenciatura en Ingeniería Civil en la UAEM, heredera del Instituto Científico y Literario del Estado de México. Se sostiene que estas instituciones siguieron trayectorias paralelas y momentos brillantes similares. Salvando, de forma lírica, tiempos y espacios se relatan similitudes y se aventuran opiniones; ya el lector podrá juzgar el resultado.

LOS ANTECEDENTES

Los datos que en seguida se presentan, salvo donde se especifica, son del *Libro Verde y Oro* (Peñaloza, 2016) y de la página oficial de la Universidad Autónoma de Aguascalientes, respectivamente.

El Instituto Literario del Estado de México se establece por decreto 95 del gobernador Lorenzo de Zavala el 3 de marzo de 1828, fecha también en que se inauguran los cursos. En principio y hasta el 29 de mayo de 1830 funcionó en San Agustín de las Cuevas, hoy Tlalpan, por razón de ser esa población sede de los poderes del estado. Al declararse Toluca capital del estado se instaló el Instituto en esta ciudad, en principio en los antiguos conventos de la Merced y San Juan de Dios, después en el edificio conocido por la voz popular como Beaterio que se acondicionó como colegio por su director José María González Arratia y que ahora es el edificio histórico de Rectoría de la UAEM. De 1835 a 1846 se interrumpen sus labores hasta que Ignacio Ramírez sugiere al gobernador Olaguíbel impulsar, o volver a impulsar, la instrucción en el Estado de México mediante tres acciones principales: restablecer el Instituto, recuperar los libros de la biblioteca (trasladados autoritariamente a la Ciudad de México) y establecer un programa de becas para estudiantes. Así se hizo y el año de 1846 se señala como la definitiva reapertura del Instituto. Ese año algunos profesores y estudiantes defienden, patrióticamente con las armas, al país ante la guerra contra Estados Unidos. El médico Gabino Barreda crea la Escuela Nacional Preparatoria y convence al gobernador Riva Palacio de adoptar los planes de estudio de dicha institución para el Instituto, con el fin de que los estudiantes pudieran pasar de uno a otro establecimiento. Como consecuencia, el decreto del 15 de diciembre de 1886 cambia su denominación a Instituto Científico y Literario. El 31 de diciembre de 1943 se aprueba la ley que otorga su autonomía, decreto que fue publicado en la Gaceta del 14 de enero del siguiente año. El 3 de marzo de 1956 se aprueba el decreto para transformar el Instituto en la actual Universidad Autónoma del Estado de México.

En el caso del Instituto de Aguascalientes, su primer antecedente se da cuando el gobernador, coronel J. Jesús Gómez Portugal, inauguró la escuela de Agricultura. La comunidad académica se involucró en la defensa de la patria ante la invasión de los Estados Unidos. Del 5 de julio de 1871 al 31 de octubre de 1875 funcionó con un nuevo nombre: Instituto Científico y Literario. A partir del 10 de noviembre de 1885 cambió a Instituto de Ciencias de Aguascalientes. En ese año el gobernador Hornedo unifica los planes de estudio con los de la Escuela Nacional Preparatoria (para beneficiar a quienes querían seguir su carrera en la Ciudad de México). El 14 de septiembre de 1942 se decreta su autonomía. El 22 de septiembre de 1963 se transforma en el Instituto Autónomo de Ciencias y Tecnología (IACT). El 16 de octubre de 1964 el presidente Adolfo López Mateos inaugura el nuevo edificio

inicialmente para la Preparatoria. El 19 de junio de 1973, siendo rector el contador Humberto Martínez León se decreta la Universidad Autónoma de Aguascalientes con el antecedente del IACT.

UN PERSONAJE IMPORTANTE EN EL CASO DE AGUASCALIENTES

El Dr. Pedro de Alba aporta el siguiente dato adicional y muy revelador:

Jesús Terán, durante su gestión en el gobierno de su estado natal, fundó el Instituto Científico y Literario de Aguascalientes, intervino en la formulación de planes de estudio e introdujo textos de pensadores avanzados, así como prácticas escolares limpias de dogmatismos y de rutina. (De Alba, 1958: 201)

Sobre este personaje en la misma fuente se aporta lo siguiente:

Imaginar que el fundador de aquel colegio y maestro de aquellas aulas había ido al viejo mundo a tratar de convencer al iluso Maximiliano de que no aceptara la corona de emperador de México. (*Ibid*, 204)

Por su parte, Arturo Pani (1949) reporta las siguientes palabras atribuidas al señor Jesús Terán:

He recibido varios recados de un inglés, amigo mío, que ha tenido en Méjico varias entrevistas con el archiduque y aún ha comido con él, invitándome a que me vaya con el archiduque, quien le ha hablado de mí, y sería muy bien recibido, he contestado simplemente que el archiduque no puede ni debe permanecer en Méjico, seguramente recuerda que fui el único que le dijo en Europa la verdad y supondrá que no lo engañaría si me tuviera a su lado.

REFLEXIONES

Se observa que las dos instituciones siguen, en general, las tendencias educativas del país, las dos cambian su nombre repetidas veces, lo cual representó adecuaciones congruentes a su circunstancia y misión. Las dos consiguen autonomía en la misma época, posiblemente con menos dificultades en el caso de Aguascalientes. Y las dos adoptan el giro positivista y finalmente dan lugar a sendas universidades autónomas, aunque esto sí con diferencia de 17 años, más tardía en el caso de Aguascalientes respecto al Estado de México.

También se encuentra similitud en la postura patriótica ante la intervención del ejército de Estados Unidos de Norteamérica en la guerra de 1846 a 1847, ya que algunos alumnos del Instituto del Estado de México formaron un contingente armado que se puso al mando del ingeniero y general Felipe Berriozábal, que por cierto por un tiempo fue profesor de matemáticas en el propio Instituto. Algo similar ocurre en el Instituto de Aguascalientes, como lo describe el Dr. Pedro de Alba: "...el batallón llamado Primer Ligero de Aguascalientes (formado en parte con estudiantes del Instituto), se hizo sentir y respetar, mantuvo en alto la bandera que se conserva en el Congreso de Aguascalientes". (De Alba, 1958: 189)

Ambas instituciones, a lo largo de su historia fueron apoyadas por los diferentes gobiernos estatales y federales, destacando en particular la intervención positiva del licenciado Adolfo López Mateos con mayor énfasis en el caso del Estado de México por ser uno de sus hijos ilustres y haber sido director del correspondiente Instituto.

DANIEL COSÍO VILLEGAS

Con referencia solamente a la época de fines del siglo XIX y principios del XX, las dos instituciones formaron grandes personajes que repercutieron en la historia nacional y en particular en la cultura. En el caso del Estado de México se puede mencionar a Daniel Cosío Villegas, politólogo, fundador de El Colegio de México y de la editorial Fondo de Cultura Económica. Este personaje estudió la secundaria y parte de la preparatoria en el ICLA y él mismo lo describe como uno de los más prestigiados del país. El profesor Inocente Peñaloza (Peñaloza, 2016) registra lo siguiente de las *Memorias* del propio Cosío Villegas:

Los buenos maestros, el orden y la disciplina, en las clases y fuera de ellas eran tan estrictos que el Instituto tenía fama en toda la República.

Cuando fui a la Escuela Nacional Preparatoria a inscribirme en el penúltimo año del bachillerato, a la empleada que me atendió le parecía increíble que yo cambiara aquella gran escuela por la turbia de la capital. Y, en efecto, con recursos mucho menores, el Instituto estaba a la vanguardia. Contaba, por ejemplo, con un laboratorio meteorológico instalado en la azotea del edificio. Todos los estudiantes de física y astronomía lo visitábamos para recibir alguna explicación de nuestros profesores; pero como yo, en la primera visita que hice demostré un interés especial, el director del Observatorio me ofreció emplearme con el sueldo fabuloso de quince pesos mensuales.

PEDRO DE ALBA

En comparación, el Dr. Pedro de Alba estudió la preparatoria en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes, formando parte de una generación brillante en la que se cuentan Saturnino Herrán, Ramón López Velarde, Manuel M. Ponce, Enrique Fernández Ledezma, Jesús Contreras, José E. Elizondo, Jesús Díaz de León y los hermanos Pani.

El doctor De Alba, después se trasladaría a la Ciudad de México para continuar sus estudios de medicina, se especializó en Oftalmología. Después de una época de prestar sus servicios profesionales, dedicó sus esfuerzos al servicio público, a la creación o fortalecimiento de instituciones y a la diplomacia. De esta manera fue Diputado (1920-1923) y Senador (1922-1926 y 1952-1957) por el estado de Aguascalientes. Dirigió su alma mater, es decir, el Instituto de Ciencias de Aguascalientes, de 1917 a 1920. Fue director fundador de Escuela de Filosofía y Letras de la UNAM (1928) y dirigió la Escuela Nacional Preparatoria (1929-1933). Fue comisionado a fundar la Universidad Autónoma de Nuevo León a partir de su antecedente El Colegio Civil y esta universidad lo considera como su primer rector (Preciado, 2013). En la diplomacia fue embajador de México en Chile y después en Suiza. Por cierto, cuando fue embajador en Chile ayudó a Orlando Silva Pulgar para refugiarse en México, al ser perseguido por sus convicciones políticas; posteriormente Silva Pulgar haría el mural “Síntesis” que se encuentra en el pórtico de entrada del Edificio Histórico de Rectoría (Mural que iniciaría en enero de 1953 y cuya inauguración oficial fue el

16 de junio de 1958; más datos en la crónica de la maestra Estela Ortiz Romo). Su último cargo diplomático lo ejerció en la UNESCO; resulta que estando en una de las sesiones oficiales de este organismo sufrió un ataque cardíaco, muriendo allí mismo el 17 de diciembre de 1987.

El que esto escribe, que entonces cursaba la secundaria, recuerda que su hermana Esperanza escuchó la noticia en la radio y fue para ella un momento de gran duda al considerar no comunicar esta mala noticia a nuestra madre Esther de Alba, finalmente decidió hacérselo saber de la manera que en ese momento consideró más prudente. Al pasar los años he pensado que es una manera muy digna de morir, es decir, en plenas funciones.

COMENTARIOS FINALES

Cada institución, cada persona, cuenta con su historia y trayectoria que curiosamente tienen formas de entrelazarse y encontrar aspectos que las hermanan y las distinguen.

Por su parte, el autor aprovechó este escrito para, en primer lugar, recordar y sintetizar algunos datos a estos dos institutos. Y en segundo lugar, destacar el gran significado personal que tienen estas dos instituciones, el primero, el ICLA, por ser el antecedente de la UAEM donde se formó y donde presta sus servicios académicos desde hace 50 años, y la otra, el IACT, como fuente de recuerdos familiares.

Se aportan y analizan datos de algunos protagonistas de la historia de estos institutos. Por razones emotivas se enfatiza en uno de ellos, el doctor Pedro de Alba; de quien se comparte un porcentaje significativo de genes. La labor y trayectoria de Pedro de Alba motiva un orgullo mayor al del porcentaje de genes que el autor de este escrito porta.

De particular interés fue saber que hubo acciones directas de patriotismo de las respectivas comunidades académicas de estos dos institutos, demostrando así su gran compromiso con el país. A la distancia de los hechos resulta impactante saber que en ese aciago episodio de la injusta guerra contra Estados Unidos, México estuvo a punto de desaparecer y no sólo perder parte importante de su territorio. El que esto no sucediera, o sea la pérdida total del país, se debe en gran medida a la labor del señor Nicolás Trist, negociador del Tratado de Paz por parte de los vencedores, como lo relata magistralmente Alejandro Sobarzo (2000).

REFERENCIAS

- De Alba, Pedro (1958). *Viaje al pasado*. México: Biblioteca del Estado de Jalisco.
- Pani, Arturo (1949). *Jesús Terán, ensayo biográfico*. México: Talleres Tipográficos de A. Mijares y Hno.
- Peñaloza, Inocente (2016). *Verde y Oro. Crónica de la Universidad Autónoma del Estado de México: 60 años de la transformación ICLA-UAEM*. México: UAEM.
- Preciado Rodríguez, Sebastián (2013). *Un viaje al pasado con el Dr. Pedro de Alba*. Universidad Autónoma de Nuevo León. México.
- Sobarzo, Alejandro (2000). *Deber y conciencia, Nicolás Trist, el negociador norteamericano en la guerra del 47*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Universidad Autónoma de Aguascalientes. Disponible en: <https://www.uaa.mx/portal/nuestra-universidad/institucion/historia>

Horacio Ramírez de Alba

Nació en la ciudad de Aguascalientes el 14 de marzo de 1945. Obtuvo el título de ingeniero civil por la UAEMEX (1970); es maestro en Ingeniería-Estructuras por la UNAM (1973) y doctor en Ingeniería (PhD) por la Universidad de Texas (1979). Es profesor de tiempo completo en la Facultad de Ingeniería de la UAEMEX, donde realiza actividades de docencia, investigación, extensión y divulgación en el área de la Ingeniería Estructural. Sus principales líneas de generación y aplicación del conocimiento son: Ingeniería sísmica, evaluación y rediseño de estructuras existentes, comportamiento estructural de materiales para la vivienda y estudio de materiales y técnicas constructivas prehispánicas. Es miembro del cuerpo académico Patrimonio y Tecnología. Cronista de la Facultad de Ingeniería.

Combina actividades académico-culturales que implican viajar y caminar. Algunas de estas experiencias han sido publicadas, por ejemplo: *La construcción en el Estado de México: estudio técnico con referencia histórica* (1990); *Puentes de arco en el Camino de Santiago* (1999); *Una experiencia en el Camino de Santiago* (2000); *Egipto, memoria de un viaje fantástico* (2003); *La ruta de Cortés: del Popocatepetl al Templo Mayor* (2009); *A pie por la ruta de Cortés* (2014) y *Relato sanjuanero* (2018).

Este libro es continuidad, natural y necesaria, del *Relato sanjuanero*. Describe la caminata de Toluca a la ciudad de Zacatecas. La ruta representa especiales recuerdos y vivencias familiares. San Juan de los Lagos es cuna del abuelo Pedro de Alba, quien, en su libro, *Viaje al pasado*, deja testimonios de su niñez y juventud en el marco del México prerrevolucionario. Inició su formación en el Instituto de Ciencias de Aguascalientes, puerta de su trayectoria como político, fundador de instituciones académicas y diplomático. Fue parte de la generación de Manuel Marfa Ponce, Ramón López Velarde, Felgueres Pani y Saturnino Herrán.

La ciudad de Aguascalientes despierta sentimientos en el autor al ser lugar de su nacimiento. Al final, evoca profundos recuerdos al llegar a la luminosa ciudad de Zacatecas, cuna de las dos personas más amadas por el autor, su abuela María Lucía y su madre Esther, quien nació en medio de la batalla más cruenta de la Revolución: la toma de Zacatecas.

El lector encontrará ingredientes autobiográficos, así como descripciones y vivencias actuales, aventuras propias del que se considera caminante. Es una invitación a caminar y observar. A lo largo de la historia han existido personajes importantes que a la vez han sido grandes caminantes. La marcha no sólo es saludable, permite aclarar pensamientos, descubrir secretos que de otra manera pasarían inadvertidos. Es una narración que se espera divertida y de aprendizaje.

SDC

105 Años
de la Fundación del Instituto Literario
del Estado de México